

# ORACION Y SERVICIO

NICOLAS  
BARRIGA  
PEDROSO  
SILVA ARREDONDO

---

Abril - Junio 2008

N. 2

## INDICE

	Pág.
<b>SALUDO DEL NUEVO DIRECTOR MUNDIAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACION, REV. PADRE ADOLFO NICOLAS, S.J. GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS</b>	101
<b>PRESENTACION</b> <i>Claudio Barriga, S.J.</i>	103
<b>MIRAR A JESUS CON EL CORAZON TRASPASADO</b> <i>Claudio Barriga, S.J.</i>	107
<b>LOS PADRES DE LA IGLESIA Y EL CORAZON DE JESUS EN LA ENCICLICA "HAURIETIS AQUAS" DE PIO XII</b> <i>Raúl Sivola Arredondo, S.J.</i>	129
<b>¿QUE PROPONEMOS CUANDO DECIMOS AO?</b> <i>La puesta en práctica del Apostolado de la Oración</i> <i>Claudio Barriga, S.J.</i>	145
<b>EL APOSTOLADO DE LA ORACION: UNA OBRA DE LA IGLESIA Y PARA LA IGLESIA</b> <i>Darío Pedroso, S.J.</i>	165

**DIRECCION GENERAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACION  
BORGO S. SPIRITO, 4 - CP 6139 - 00195 ROMA - PRATI (ITALIA)**





**SALUDO DEL NUEVO DIRECTOR MUNDIAL  
DEL APOSTOLADO DE LA ORACION,  
REV. PADRE ADOLFO NICOLAS, S.J.  
GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS**

Queridos amigos y amigas:

Al asumir con sorpresa y emoción esta nueva misión de General de la Compañía de Jesús, me entero con alegría que también me toca ser Director Mundial del Apostolado de la Oración y el Movimiento Eucarístico Juvenil. Reciban mi afectuoso saludo, con gratitud por lo que hacen por la Iglesia y el Señor mediante su oración apostólica y sus muchos servicios.

Saber que millones de socios y socias del Apostolado de la Oración en todo el mundo buscan con sinceridad conformar sus vidas al Corazón de Jesús para amar y servir a sus hermanos me llena de consuelo y entusiasmo. Vosotros ayudáis a hacer presente el amor de Dios en este mundo necesitado de afecto. Ante el dolor o la tristeza, muchas veces sólo nos queda mirarlo a él.

Saludo con especial afecto a todos los niños y jóvenes del MEJ y Cruzada Eucarística, que quieren vivir al estilo de Jesús. El mundo necesita de vuestro coraje y generosidad en el seguimiento de Jesús. No dudéis que ante los graves desafíos que os toca enfrentar, el Señor os acompaña diciéndoos que el amor es más fuerte.

Cuento con vuestras oraciones también por mí, muy necesarias en esta inesperada misión que ahora comienzo.

Que Dios bendiga a cada uno de vosotros y a vuestros seres queridos.



## PRESENTACION

*Claudio Barriga, S.J.*

Queridos amigos y amigas:

Con la alegría de sentirnos reanimados por el Resucitado, los saludo en este nuevo número de ORACION Y SERVICIO.

Cada uno de nosotros, en su vocación y misión específica, ha vivido este tiempo la novedad de ser conducido por el Señor por sus caminos de crecimiento y amor. Una particular alegría hemos vivido como familia del Apostolado de la Oración al recibir a nuestro nuevo Director Mundial, el nuevo Superior General de la Compañía de Jesús. Agradecemos lo mucho que el Señor nos dio por medio del Padre Kolvenbach, gran impulsor del Apostolado de la Oración a lo largo de su generalato.

En septiembre pasado se celebró en Malta la reunión de los *Secretarios Nacionales europeos* del AO, con gran gozo y provecho para sus participantes. La *India* acogió en octubre pasado la visita del Director General Delegado, quien se admiró de ver presentes en toda la Iglesia del país las prácticas básicas del AO. Los católicos en todas partes hacen su ofrecimiento del día, rezan por las intenciones del Papa, aman y siguen el Sagrado Corazón de Jesús, aún cuando la mayoría nunca han oído hablar del AO. Particularmente llamativo es el enorme número de niños y jóvenes que son formados en su fe por nuestra rama juvenil, extendida por todas partes.

En diciembre pasado Kenya, Tanzania, Sud-Africa y Zambia tuvieron la visita del Delegado del Superior General. Fue ocasión para celebrar gozosamente la obra de Dios y renovar la misión de testimoniar el amor del Corazón de Jesús donde más se necesita.

Este año el Congreso Eucarístico internacional en Quebec

nos renovará en la tarea de "formar cristianos configurados por la Eucaristía", a decir de nuestro querido Juan Pablo II. En Julio el Movimiento Eucarístico Juvenil tendrá una participación en el Día Mundial de la Juventud en Sydney, lanzándonos a nuevos desafíos. También este año corresponden las reuniones de los Secretarios Nacionales de América Latina en Buenos Aires, y los de Asia en Japón. Pidamos juntos el don del Espíritu para descubrir en todas estas instancias los signos de su conducción, para un mejor servicio a nuestros hermanos y hermanas.

¿Cuál es el contenido de esta revista?

Un taller sobre el Corazón de Jesús organizado en julio de 2007 por los religiosos mexicanos ligados a esta espiritualidad nos provee de material interesante para ahondar en lo nuestro y confirmar su vigencia en la sociedad actual.

Una ponencia en ese taller, "Mirar a Jesús con el Corazón traspasado" nos ofrece esbozos de una Cristología, en clave de amor, desde el corazón.

Otra ponencia, del P. Raúl Silva, msc, de México, nos conduce sabiamente por los escritos de los Padres de la Iglesia, ayudándonos a profundizar en las raíces de nuestra espiritualidad.

El encuentro anual del AO de España fue ocasión para hablar de la puesta en práctica del AO, iluminando su uso concreto y mostrándola como una opción válida y adecuada para dar espiritualidad a los hombres y mujeres de hoy. Lo compartimos en el artículo titulado "Qué proponemos cuando decimos AO".

Por último, tenemos una valiosa contribución del P. Darío Pedroso de Portugal que retoma la historia y orígenes del AO para desarrollar con profundidad y sencillez los pilares de nuestra espiritualidad. Es un texto útil para recordar y explicar lo esencial del AO.

Les deseamos una provechosa lectura, y un renovado impulso misionero desde el Corazón del Amor.





## MIRAR A JESUS CON EL CORAZON TRASPASADO

*Claudio Barriga, S.J.  
Guadalajara, 18 de Julio de 2007*

### *I. Una Cristología desde el corazón*

Asistimos a un momento de un renovado interés por la espiritualidad del Corazón de Jesús, después de un tiempo de relativo silencio. Ha habido una renovación teológica gracias a una mayor comprensión del significado bíblico del corazón. Lo entendemos hoy como el símbolo de la totalidad de la persona, no una parte, con énfasis en su interioridad. Tanto el vocablo hebreo "leb" (AT) como la palabra griega "kardía" (NT), con las cuales se designa el corazón, se entienden como el centro unificador del ser humano, su vida espiritual en unidad con la corporal, sin disociación.

Hoy la reflexión en torno al Corazón de Jesús está claramente enfocada hacia el amor característico del Jesús histórico, más que a una parte física de su cuerpo (cosa que sí era importante en épocas anteriores). Nos atrae su Corazón porque nos atrae su verdadera humanidad, afirmada bellamente en Gaudium et Spes, 22: "Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre". Por esto la expresión "Corazón de Jesús" parece preferible a la de "Sagrado Corazón". Por esto parece menos recomendable la representación del Corazón solo, aislado del cuerpo de Jesús.

¿Qué significa centrar la mirada en Jesús haciendo una "Cristología desde el corazón"? ¿Cuántos tipos de Cristologías hay? Sin ser un especialista en el tema, podemos avanzar diciendo que hay diversas opciones para presentar a Jesús, desde distintos puntos de vista o claves hermenéuticas. Estudiar al Jesús histórico

desde la experiencia de los antiguos Padres del Desierto mostrará aspectos distintos de Jesús a los que se desprenden de la tradición carmelitana, como diversos serán los rasgos de Jesús que destaca una teología oriental a la del Jesús de la Teología de la Liberación. Cada una de estas perspectivas enriquece la visión de conjunto de la Cristología.

En nuestro caso, tenemos una clave de lectura propia. Queremos mirar a Jesús desde el corazón. ¿Desde su Corazón o desde nuestro corazón? Desde ambos, sin duda. Queremos hacer una teología con el corazón, implicando en ello no sólo nuestro intelecto, sino nuestra relación personal y afectiva con la persona a quién deseamos amar por sobre todo. Y a la vez queremos mirar hacia dentro de su propio Corazón, en cuanto podamos, para asomarnos al misterio de la misericordia y la ternura de Dios que se nos abre en El. La nuestra será una teología de adoración, de la experiencia personal de sentirse amado, de asombro y emoción ante el amor de Dios que se nos muestra cercano en ese Corazón humano de Jesús. La nuestra será necesariamente una teología espiritual. Esto significa que esta reflexión tiene que ver con mi vida, mi oración, mis opciones y sentires más profundos. No servirá sólo una comprensión intelectual que no involucre todas mis intenciones, acciones y operaciones, mis afectos, mi amor personal por el Señor.

Esta es la introducción y el planteamiento del desafío. Un desafío no fácil, pues nuestra propia conversión no nos resulta fácil. ¿Cómo hacer esta teología con esta particular mirada a Jesús? Queremos mirar a Jesús con el corazón, y queremos mirar el Corazón de Jesús (recordamos al Principito, en el cuento de Saint Exupery: "sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos").

Nos orientan las palabras del P. Pedro Arrupe: no es posible encontrar en las páginas del NT una palabra que más rápida

y certeramente, con más profundidad y calor humano se aproxime a una definición de Cristo que su "corazón". (...) No hay ninguna otra expresión que mejor sugiera "la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que supera todo conocimiento" (Ef 3,18) (*En El sólo la Esperanza*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1986, p. 86).

Bruno Ramazzotti (*The Spirituality of the Pierced Heart of Jesus*, Saint Paul Publications - Africa, 1992, p. 19) sugiere que la renovación de la espiritualidad del Corazón de Jesús se ha de desarrollar en tres líneas: 1) afirmando la centralidad de Jesús en la piedad popular y la liturgia, 2) volviendo a las ricas fuentes bíblicas y patristicas y su simbología del Corazón, y 3) destacando en todo la primacía de la misericordia y el amor que nos revela el Corazón de Jesús. Yo añado que para renovar la práctica de esta devoción, y transformarla en una espiritualidad, la debemos entender siempre en vinculación con la Eucaristía. Algo de todo esto pretendo exponer en este trabajo, contemplando escenas bíblicas que son nuestras puertas al Corazón de Jesús. Luego nos dejaremos guiar por los testimonios de algunos santos, intentando aprender de su experiencia de Jesús. Queremos empaparnos de una Cristología del corazón, capaz de arrastrar nuestro corazón.

## *II. Contemplaciones bíblicas de Jesús en su ministerio terreno*

### *a) Un Corazón de Hijo*

No sólo queremos afirmar la verdad teológica atestiguada por numerosos textos neotestamentarios de la filiación divina de Jesús (como por ejemplo el evangelio de Juan que fue escrito "para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios" - Jn 20,31). Nos interesa destacar que Jesús tenía "Corazón de Hijo". Jesús se sabía y se sentía "Hijo", vivía una tierna relación de amor con su Padre a quien llamaba "Abbá".

La relación divina con su Padre le llenaba su Corazón humano, era su secreto, su alegría, una conciencia permanente, una actitud básica que determina su comportamiento (Biblical Spirituality of the Heart, J. G. Bovenmars, Alba House, New York, 1991, p. 78).

En el NT encontramos 170 veces en boca de Jesús la palabra "Padre" para referirse a Dios. Él siempre lo llamó así, o incluso, se ha sugerido que usaba normalmente el vocablo "Abbá", testimoniado en Mc 14,36, en Getsemaní. Lo avala Ga 4,6 y Rm 8,15. La forma gramatical de "Padre" en Lc 11,2, en que Jesús enseña a sus discípulos a orar, parece reflejar el original arameo de Abbá. Esto indica que también los discípulos están llamados a vivir este grado de relación íntima y familiar con Dios. Aunque queda claro que la relación de Jesús con su Padre es única y distinta a la de los discípulos. Jesús habla de "mi Padre" y "el Padre de ustedes". Impresiona Mt 11,27: "Nadie conoce realmente al Hijo sino el Padre; y nadie conoce realmente al Padre sino el Hijo y aquellos a quien el Hijo quiere darlo a conocer". Una relación única, que ha recibido toda la autoridad de su Padre.

La proximidad que él tiene con Dios sorprendía y también escandalizaba: "Los judíos tenían aún más deseos de matarlo, porque no solamente no observaba el mandato sobre el sábado, sino que además se hacía igual a Dios al decir que Dios era su propio Padre" (Jn 5,18).

La autoconciencia de esta experiencia existencial de sentirse Hijo seguramente tiene una importante claridad en lo que Jesús sintió el día de su bautismo en el Jordán (Mc 1,9-11). Ese día, inundado del Espíritu, escuchó la voz del Padre que le decía "Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido". Es verosímil pensar que Jesús llegó al río Jordán como un piadoso y anónimo judío dispuesto a cumplir con su deber religioso, sin saber enteramente lo que ocurriría allí. No podemos saber exactamente lo que sintió en ese momento en su corazón, pero los hechos posteriores indican

que esta parece ser una experiencia fundante de su vocación. Podemos suponer que sintió como nunca antes el amor de su Padre, comunicado por su Espíritu, y entendió de forma plena el significado de ser su Hijo (Pablo nos dice que es el Espíritu el que nos hace exclamar "Abba, Padre", Rm 8,15). Podemos suponer que después de salir de las aguas, entendió todo de una nueva manera. Sí sabemos que su vida cambió por completo a partir de ese día. No regresó a Nazaret, y días después inició su ministerio por el Dios del Reino. Dejó de ser un desconocido artesano del norte del país para convertirse en el profeta itinerante que anunciaba a sus hermanos y hermanas eso mismo que para El era una intensa experiencia personal, esto es, que también ellos y ellas son hijos amados de su Padre.

Más tarde, en otro momento crucial de su vida, antes de encaminarse a su pasión, su Corazón necesitado volvió a sentir el consuelo y la fuerza de la voz de su Padre en la montaña de la Transfiguración (Mt 17,5).

#### *b) Un Corazón obediente*

Su Corazón de Hijo lo reconocemos claramente en su actitud de obediencia a su Padre. No vemos sólo actos de obediencia, sino una actitud básica, una dimensión de su Corazón, la permanente entrega de sí.

Vivió para hacer la voluntad de su Padre, era su pasión, su misión, su alimento (Jn 4,34). Siempre hacía lo que al Padre le agrada (Jn 8,29). Con obediencia de siervo, de enviado, pero sobre todo de Hijo, hace las obras del Padre, habla las palabras del Padre, vive vuelto hacia el Padre, "pros ton Theon" (Jn 1,1).

#### *c) Un Corazón eucarístico*

Su Corazón de Hijo, su docilidad a la voluntad del Padre,

es la nueva forma de sacrificio agradable a Dios, el sacrificio espiritual, que consiste en ofrecerse a sí mismo en obediencia. Es el nuevo sacerdocio, que consiste en darse a sí mismo. Lo refleja bien el salmo 40 cuando dice que Dios no se complace en los sacrificios ni ofrendas de cereales, sino en la respuesta del corazón: "Aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad" (7-8). La carta a los Hebreos lo comenta diciendo que Jesucristo "hizo la voluntad de Dios al ofrecer su propio cuerpo en sacrificio una sola vez y para siempre" (Hb 10,5-10).

Este sacerdocio y este modo de vivir alcanza su expresión culminante en la Última Cena, en que Jesús abre y en cierto modo entrega su Corazón a sus discípulos (esto es, la totalidad de su vida). Esa noche, Jesús puso en palabras y gestos lo que ardía siempre en su interior, es decir, su amor de donación al Padre y a nosotros. Hizo del pan y del vino signo (sacramento) del modo en que siempre vivió, resumiendo en ello toda su vida: Este pan soy Yo, les dijo, este vino soy Yo, entregado, derramado por ustedes. El pan y el vino eucarísticos se convierten en reflejo de su Corazón. Jesús siempre fue pan entregado, siempre fue vino ofrecido. Con esos gestos indicaba además su aceptación por amor a nosotros de la cruel muerte que se le avecinaba, una muerte injusta y no deseada, pero que serviría para mostrar el mayor amor.

Al decirles "Hagan esto en conmemoración mía" invitaba a los discípulos a asociarse a su vida entregada por amor a sus hermanos, a hacer ellos lo mismo. No sólo los invitaba a celebrar la Eucaristía en su recuerdo, sino sobre todo a dar sus vidas (dar sus corazones). No es otro el sentido del Evangelio de Juan al narrar en el contexto de la Última Cena el lavado de los pies, pues expresa la misma lógica eucarística de dar la vida al servicio de los hermanos y hermanas. Ser discípulo es tener el mismo Corazón de Jesús, es decir, el mismo modo de vida entregada por amor a los demás.

Podemos reconocer en esta actitud de vida entregada la nota más característica y permanente del Corazón de Jesús. Es lo que podemos llamar el Corazón eucarístico de Jesús. Es esta actitud de su Corazón la que deseamos hacer nuestra cuando le pedimos "Haz nuestro corazón semejante al tuyo", o cuando cada mañana le ofrecemos nuestras vidas al Padre.

Veremos algunas otras actitudes que reconocemos en el Corazón de Jesús, todas ellas enmarcadas en esta que reconocemos como la fundamental y principal.

*d) Un Corazón compasivo*

Para describir la conmoción interior que Jesús sentía ante situaciones de pobreza humana, los evangelios sinópticos usan en algunas ocasiones una palabra poco común, *splanchnízomai*, que se traduce normalmente por *tener compasión, sentir simpatía, con o para alguien* (Walter BAUER *A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Early Christian Literature* Chicago, The University of Chicago Press, 1979, p. 762).

El sustantivo *splanchnon* en su forma plural (*splanchna*) significa en primer lugar *partes interiores, entrañas* (Walter BAUER, op. cit., p. 763) (cf. Hch 1,18). También significa, en sentido figurado, la sede de las emociones, el *corazón*. En la literatura bíblica puede también designar la sede y la fuente del amor, la simpatía, el propio sentimiento de amor y afecto (como en Flp 1,8), la misericordia, y otros matices. En su forma singular, designa en sentido figurado *misericordia, amor*.

Esta palabra aparece sólo 12 veces en los Sinópticos (NESTLE-ALAND *Computer-Konkordanz zum Novum Testamentum Graece* Berlin, Walter de Gruyter, 1980, p. 1718), y en todas ellas el *sujeto destinatario* de este sentimiento de compasión son personas pobres, despreciadas, enfermas, o el pecador arrepentido en Lc 15,20. Por

ejemplo, Mt 9,36 nos dice que Jesús sintió compasión de la muchedumbre, que estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor (Mt 20,34, dos ciegos; Mc 1,41, un leproso; Lc 7,13, la viuda cuyo único hijo había fallecido; etc.). Reconocemos en esta expresión una buena clave para entender lo que bullía en el Corazón de Jesús.

El término parece ser la realización del atributo de Dios que el AT designaba con el concepto de *rahamim* (*rhm* substantivado), que es "el sentimiento de *miser cordia*; originalmente, la sede de este sentimiento (*entrañas, interior*)" (id., col. 959). *Rhm* nos transmite la idea de una ternura "materna" de Dios, pues el término significa inicialmente *vientre materno, su seno, las entrañas* (Ernst JENNI, Claus WESTERMAN *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento* Madrid, Cristiandad, 1985, v. II, col. 957), y, a partir de esta imagen inicial, se traduce por la compasión y misericordia de Dios.

Poniendo en conexión ambos términos, se nos sugiere que la compasión del Corazón de Jesús ante el dolor humano tiene rasgos del amor materno, y que lo remece interiormente, al punto de causar en El una conmoción "física".

#### e) *Un Corazón de niño*

Conocemos el Corazón de Jesús al traer a la mente la buena relación que Jesús tenía con los niños. Sorprendió a sus contemporáneos al hacerse amigo de ellos, y al defender su dignidad en una sociedad que nos los consideraba. No dudamos que Jesús fue capaz de reír y jugar con ellos, de hacerse pequeño para dialogar con los pequeños, revelándonos su propio Corazón de niño.

"Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos. Les aseguro

que el que no acepta el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomó en sus brazos a los niños, y los bendijo poniendo las manos sobre ellos" (Mc 10,14-16).

*f) Un Corazón libre, valiente, misericordioso (Jesús con las mujeres)*

Los encuentros de Jesús con diversas mujeres de su época muestran una clara diferencia de trato con lo que se estilaba en esa sociedad machista. Su diálogo con la Samaritana muestra las opciones de su Corazón capaz de poner a la persona por sobre los prejuicios sociales de su tiempo. Convierte en discípula y misionera a quien su sociedad marginaba por tres motivos, por ser mujer, por ser samaritana, por ser pecadora.

Detengámonos más en el encuentro de Jesús con la mujer pecadora en casa de Simón (Lc 7,39-50). Ella lo acaricia, le lava los pies con sus lágrimas, se los seca con sus cabellos. En esta impactante escena saltan a la vista al menos tres rasgos muy claros del Corazón de Jesús: su libertad, su valentía y su misericordia. Es soberanamente libre para aceptar ese insólito homenaje de parte de una mujer reconocida como pecadora. Es libre y también valiente para oponerse a la mentalidad farisea que proclamaba como deber sagrado alejarse de los "pecadores". Él siempre denunció con fuerza la insinceridad farisaica, su doblez de corazón que sustituía el amor y la justicia por las apariencias. De hecho esa oposición le trajo odiosas enemistades que terminaron costándole la vida. Pero sobre todo vemos aquí el Corazón misericordioso de Dios con nosotros, que se abre hacia esa mujer que se sentía indigna de ser amada. La mirada y las palabras llenas de amor de Jesús la dignifican, no la juzgan, la perdonan, miran el amor en su interior. Es la presencia actuante del Dios que en el AT habló a Samuel antes de ungir como rey a David: "No se trata de lo que el hombre ve, pues el hombre se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón" (1S 16,7, palabras parecidas a las que citamos del Principito).

*g) Un Corazón pobre y humilde*

Hago un rápido comentario a Mt 11,25-30 ("soy manso y humilde de corazón"). Jesús se sitúa en la tradición de los pobres de Yahveh, los anawim (sigo aquí a J.G. Bovenmars, op. cit., p. 91-96). En la primera parte de la perícopa, de carga sapiencial, Jesús se muestra como el que sabe los misterios del Reino, revelado a los sencillos, y el único que conoce al Padre. La última parte del texto nos afirma que El, la Sabiduría de Dios, el Hijo único del Padre, se identifica con los pobres y se siente a casa entre ellos. Por eso puede invitar a los pobres, a los cansados y cargados, a venir a El, porque su Corazón es humilde, porque El es uno de ellos.

Estamos invitados a hacer nuestras estas contemplaciones bíblicas, en actitud de adoración y asombro, para desde ellas mirar a Jesús no con la mente, sino con el corazón, para intuir lo que El vive y siente en su propio Corazón.

*III – El simbolismo bíblico del corazón*

En nuestra Cristología desde el corazón hay textos de referencia obligados, que ofrecen una perspectiva distinta a las escenas de la sección precedente. Más allá del Jesús histórico, los pasajes de esta sección revelan el simbolismo teológico del Corazón de Jesús. Son textos conocidos y comentados, sobre los cuales haré sólo breves alusiones, ya que son tratados en profundidad en numerosos estudios.

*a) Juan 7,37-38*

"El último día de la fiesta era el más importante. Aquél día Jesús, puesto de pie, dijo con voz fuerte: Si alguien tiene sed, venga a mí, y el que crea en mí que beba. Como dice la Escritura: del interior de aquél brotarán ríos de agua viva. Con esto, Jesús

quería decir que los que creyeran en él recibirían el Espíritu; y es que el Espíritu todavía no había venido, porque Jesús aún no había sido glorificado".

En Jerusalén, en esta fiesta de los Tabernáculos, se sacaba agua del pozo de Siloé y se llevaba en procesión con todo el pueblo al templo. El séptimo día se derramaba el agua en torno al altar y en la roca del monte Sión que asomaba al interior del templo. Se pedía la lluvia para los campos, recordando cuando Moisés golpeó la piedra en el desierto y brotó agua, gesto interpretado por Isaías como signo de la salvación mesiánica (Is 12,3).

Jesús con voz fuerte afirma que El es la fuente de agua viva, invitando esta vez no a los cansados sino a los sedientos a venir a El. El simbolismo del agua es usado para indicar que de su interior, de su Corazón, brota el Espíritu. La tradición neo testamentaria proclama a Jesús como la roca de la cual brotan las aguas (1Co 10,4; Jn 2,19), de la cual bebemos al creer en El. En el diálogo con la Samaritana (Jn 4,14), Jesús le había prometido que el que bebiera esa agua viva, vería también su propio corazón como una fuente que salta hasta la vida eterna. Por lo tanto, el corazón del creyente también se transforma en fuente del Espíritu.

Este texto se debe interpretar en relación a la escena del Costado Traspasado del Crucificado, en que el agua y la sangre son los símbolos de la vida que brota del interior de Jesús, ya muerto.

*b) Jn 19,34-37 - El Corazón traspasado del Crucificado*

La figura del Crucificado, alzado sobre la tierra, con el costado abierto tiene sus raíces en el AT y viene como a resumir la teología del Evangelio de San Juan. Se diría que es como el resumen de todo el cristianismo (En El solo la Esperanza, Pedro Arrupe, p. 144).

Se convierte en el mejor símbolo para indicar la fecundidad redentora de la muerte de Cristo. Es una simbología semita: la herida es señal de muerte (el cordero sacrificado), y la sangre y el agua, señal de vida y fecundidad. El corazón traspasado es el símbolo del Cordero pascual de la Nueva Alianza.

El episodio del Corazón traspasado es la clave del mensaje joánico (Según Edouard Glotin, S.J., *Sign of Salvation*, Apostleship of Prayer, NY, 1989, p. 14-15). Es un mensaje atestiguado solemnemente, basado en dos profecías. Juan hace de él expresamente un símbolo salvífico, pues ha hecho referencia a la serpiente alzada en el desierto (Jn 3,14-15). El Crucificado es la verdadera serpiente de bronce, e invita a contemplarlo diciendo "mirarán al que traspasaron". El agua viva que brota de El produce la fe en quienes lo reciben ("para que ustedes también crean"). Es a la vez el cumplimiento de la tradición del profeta Zacarías acerca del don mesiánico del agua viva y el don del Espíritu (ver Za 12,10 y 13,1).

*c) Jn 20,19-29 - El Corazón traspasado del Resucitado*

Tal vez hemos notado que las imágenes tradicionales del Sagrado Corazón de Jesús suelen representar al Resucitado que nos muestra sus heridas. Este Jesús glorioso, con sus llagas visibles como señal de su amor, es el objeto de la veneración en la espiritualidad del Corazón de Jesús. Aunque ya está resucitado, su Corazón sigue traspasado de amor por mí y por su Iglesia. Sigue siendo humano y sigue amándonos con un corazón humano.

Lo afirma claramente la Encíclica *Haurietis aquas*:

Desde que nuestro Salvador subió al cielo con su cuerpo glorificado, y se sentó a la derecha de Dios Padre, no ha cesado de amar a su esposa la Iglesia, con aquél amor inflamado que palpita en su Corazón (40).

Aunque ya no sometido a las perturbaciones de esta vida mortal, [este Corazón Sacratísimo] aún vive, palpita y está unido de modo indisoluble a la persona del Verbo Divino... (42).

Lo contemplamos con el Corazón abierto en la escena de la aparición a los Once (Jn 20,19-29), disipando el miedo de los discípulos y derramando los dones escatológicos de la paz, el Espíritu y el perdón. Tomás recibe el don de la fe al contemplar sus heridas y su Corazón abierto, y hace su profesión creyente, "Señor mío y Dios mío" (recordamos las palabras de Juan que testimonia lo que vio ante la cruz "para que ustedes también crean").

*d) Jn 21,15-19 - El Corazón que pide ser amado*

A orillas del lago, Jesús interroga a Pedro: "¿Me amas?" Hay diversas interpretaciones a estas palabras, pero desde nuestra perspectiva podemos reconocer el sentir profundo de un Corazón plenamente humano, que ha dado amor y pide amor. Como imagen simbólica del Corazón de Jesús, lo podemos relacionar con las palabras reveladas a Santa Margarita María: "He aquí este Corazón que tanto amó a los hombres hasta consumirse para testimoniarles su amor. Y como reconocimiento sólo recibe de la mayoría ingratitudes, por las irreverencias y sacrilegios, y por la frialdad y desprecio que tienen conmigo en este Sacramento de amor. Y lo que me duele más es que son corazones a mi consagrados que también proceden de esta manera" (junio de 1675).

Resulta sorprendente pensar que Jesús Resucitado pueda aún necesitar nuestro cariño, que lo reclame, al modo de los amigos y los amantes de la tierra. Su Corazón sigue siendo plenamente humano aún en su estado glorioso, y pide y desea que lo amemos. Podemos interpretar también en esta línea la humilde súplica que deja a los Apóstoles antes de morir: "Permanezcan en mi amor" (Jn 15,9).

*IV. La Cristología del corazón de algunos santos*

Son abundantes las referencias de los Padres de la Iglesia al simbolismo del Costado Traspasado en el cual ellos reconocen los orígenes de la Iglesia y los sacramentos. Hay magníficas interpretaciones teológicas de los textos citados en la sección precedente, que no reproduzco aquí por ser de fácil acceso en los textos especializados.

Nos interesa más ahora lo que se inicia en los tiempos medievales donde situamos el comienzo de nuestra espiritualidad como tal. En las escuelas benedictinas y franciscana se descubre la devoción a la humanidad de Cristo, con San Anselmo de Canterbury (1033-1109) y San Bernardo de Claraval (1091-1153) como los primeros exponentes. Desde estos años en adelante son muchos los que nos narran la relación personal con Jesús en la clave de su Corazón. Citaré sólo algunos de ellos, para ayudarnos a recordar lo esencial, para con su ayuda sintonizar nuestros corazones con el de Jesús. Recibimos estos escritos como testimonios de la fuerza poderosa del Corazón de Jesús obrando su amor en el corazón de estos hijos e hijas amados, estímulo de lo que quiere obrar en nosotros. Casi no pongo comentarios, pues los textos hablan por sí mismos.

*a) San Bernardo de Claraval (Francia, 1091-1153)*

Lo que no hallo en mí mismo búscolo confiado en las Entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia, la cual van derramando por los diversos agujeros de su cuerpo sacratísimo, pues sus enemigos taladraron sus pies y manos y abrieron con lanza su costado: por estas aberturas puedo yo sacar miel de la piedra y óleo suave de peñasco durísimo; puedo gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor. Entonces meditaba El pensamientos de paz, sin yo entenderlo; porque ¿quién conoce el sentir del Señor o quién jamás entró en su consejo? Mas estos clavos con que El ha sido traspasado se han convertido para mí en preciosas llaves que me han abierto el tesoro de sus secretos, afín de que vea yo la voluntad del Señor. Y ¿quién podrá impedirme

ahora el que vea claramente esos secretos y esa voluntad a través de sus llagas?... El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, a fin de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios; podemos repito, contemplar las misericordiosas entrañas de nuestro Dios, que ha hecho al sol salir a visitarnos desde lo alto. ¿Qué dificultad hay en que se muestren las entrañas de Dios a través de las llagas? Porque nada hay, Señor, que haga ver que eres suave, manso y de mucha misericordia como estas heridas. Nadie tiene mayor compasión que quien pone su vida para los sentenciados a muerte y los condenados (del Sermón LXI acerca del Cantar de los Cantares, 41).

*b) San Buenaventura (1221-1274)*

El Corazón del Señor fue atravesado con la lanza para que por la llaga visible reconociésemos el amor invisible. La herida del Corazón muestra la herida del alma (Citado en *Cor Salvatoris*, Josef Stierli, Editorial Herder, Barcelona, 1958, p. 126).

Penetremos, finalmente, en el Corazón humildísimo del excelso Jesús. La puerta es el costado abierto por la lanza. Aquí está escondido el tesoro inefable y deseable de la caridad; aquí se encuentra la devoción, se obtiene la gracia de lágrimas, apréndese la mansedumbre y la paciencia en las adversidades, la compasión para con los afligidos y, sobre todo, aquí logramos que nuestro corazón se torne corazón contrito y humillado (Obras de San Buenaventura, B.A.C., Madrid, 1967, p. 507).

*c) Santa Gertrudis, la Grande (1256-1301)*

Alguien que tiene gran experiencia en dirección espiritual (me) aconsejó meditar constantemente sobre el corazón ardiente del Crucificado...

(El Señor): "Porque tú has renunciado totalmente a tu propia voluntad, infundiré todas las gracias y gozos de mi corazón en el tuyo, y cuanto más frecuentemente comulgues, mayor será tu contento.

Te he dado a menudo mi Corazón, como señal de nuestra intimidad. Siempre que tú quieras pedirme algo, apela al Corazón que tomé en la Encarnación por amor a los hombres, para que te conceda las gracias que le pidas."

(*Gertrudis*): "Por tu Corazón herido, queridísimo Señor, hiere el mío tan profundamente de tu amor, que lo terreno ya no le preocupe y pueda darse enteramente a tu fascinante amor (Cor Salvatoris, p. 134-135).

*d) San Ignacio de Loyola (España - Italia, 1491-1556)*

Ignacio no usa la expresión "Corazón de Jesús", pero sus escritos reflejan su tierna devoción y amor a la humanidad de Cristo que es contenido de esta espiritualidad. Los Ejercicios Espirituales tienen como objetivo mover al ejercitante al "Conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga" (EE 104). Tal conocimiento interno no es otro que el amor del Corazón.

Los Ejercicios ignacianos son finalmente ejercicios del corazón humano confrontado con el Corazón de Dios. El Corazón de Dios está encarnado en Jesús, su Cristo. La devoción católica del Sagrado Corazón de Jesús ha tenido en la espiritualidad ignaciana un aliado estratégico de primera importancia (M. A. Rui-Wamba, S.J., en el artículo: Los que más se querrán afectar (versión digital)).

Cuando el ejercitante acompaña las escenas de la pasión de Cristo, Ignacio lo invita a pedir "dolor con Cristo doloroso,

quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí" (EE 203). Al contemplar al Resucitado, la instrucción es de "Mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros" (EE 224).

La dimensión apostólica propia de la espiritualidad del Corazón se refleja bien en la Contemplación para Alcanzar Amor con la que concluyen los Ejercicios (234). En estas palabras reconocemos la actitud de fondo del ofrecimiento del propio corazón que promueve, entre otros, el Apostolado de la Oración:

1º punto. El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene y en consecuencia el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflectir, en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece afectándose mucho: tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo distes, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Nos contentamos aquí sólo con estas pocas referencias, dejando la profundización en la línea ignaciana a otros estudios más específicos (Por ejemplo, *Il mistero del Cuore di Cristo e la Spiritualità Ignaziana*, Charles Bernard, S.J., Centrum Ignatianum Spiritualitatis, Roma, 1991).

*e) San Pedro Canisio, S.J. (Alemania, 1521-1597)*

En su "*Testamento*", la visión que el Señor le concedió la mañana de su profesión religiosa solemne, mientras estaba orando

en la Capilla del Santísimo Sacramento en San Pedro (Roma), leemos: mi alma estaba en cierto modo postrada ante Ti, fea, decaída y manchada por sus innumerables faltas y pecados. Pero Tú entonces abriste para mí tu santo pecho, y me pareció ver directamente tu Corazón. Me ordenaste, entonces, beber de ese manantial al invitarme, Redentor mío, a tomar de tu fuente el agua de mi salvación. Tuve, entonces, el ardiente anhelo de que corrieran sobre mí torrentes de fe, esperanza y caridad; tenía sed de ser lavado, vestido y arreglado completamente por Ti.

Me atreví a tocar tu Corazón - tan amable amante - con mis labios, y apagar en él mi sed. Después me prometiste cubrir la desnudez de mi espíritu con el triple hábito de la paz, del amor y de la perseverancia, regalo tan oportuno para la profesión ya próxima. Con este vestido de salvación tuve plena confianza de que nada me faltaría y de que todo redundaría en tu mayor gloria (Cor Salvatoris, op. cit. p. 164-165).

*f) San Claudio La Colombière (Francia, 1641-1682)*

Este Corazón continúa, tanto en cuanto puede, con los mismos sentimientos y, sobretodo, siempre abrasado en amor por los hombres, siempre abierto para derramar sobre ellos toda especie de gracias y de bendiciones, siempre sensible a nuestros males, siempre estimulado por el deseo de hacer compartir sus tesoros y darse a nosotros, siempre dispuesto a acogernos y servir de refugio, de morada, de paraíso en esta vida (p. 34).

Yo no puedo conseguir ese olvido de mí mismo, que me debe abrir la puerta al Corazón de Jesucristo, del cual me siento por consiguiente muy alejado. Veo claramente que, si Dios no se compadece de mí, moriré muy imperfecto. Sería para mí un gran deleite si pudiese, al fin, después de tanto tiempo pasado en la vida religiosa, descubrir la manera de obtener un total olvido de mí mismo. Pedí a nuestro buen maestro el no hacer nada contra su

voluntad y que en todo lo demás él disponga de mí conforme a su parecer. Agradécele, por favor, por el estado al que me reduce. La enfermedad era para mí una cosa absolutamente necesaria, sin ella, no sé que habría sido de mí; estoy convencido de que es una de las grandes misericordias que Dios me concedió (p. 45).

Todo lo que Dios hace por ti ahora es poco o nada, comparado con lo que El desea hacer; en nombre de Jesucristo, no te opongas a sus designios; dale la libertad de actuar, te lo pido, ayúdale en cuanto puedes; sé fiel en la ejecución de todo lo que El te inspira y luego verás los efectos admirables de tu docilidad. Qué infelicidad si pones algún obstáculo a los signos de la buena voluntad que El tiene para contigo (p. 52) (Na Escola do Coração de Jesus com Claudio La Colombière, Gérard Dufour, Ed. Loyola, São Paulo, Brasil, 2000).

*g) Beato Miguel Pro (México, 1891-1927)*

Un Corazón rasgado dejó escapar de su divino fuego un rayo que hirió el mío; ese rayo abrasó mi corazón, su llama no se ha extinguido; esa llama vive intacta en lo más hondo de mi ser y ella me guía y me ilumina y me hace seguir adelante. Amor dulcísimo, amor fuerte, amor desinteresado, amor notable, amor casi infinito de mi alma para Cristo. Yo que siento tu obra bienhechora, y que sé que aún en medio de los mayores peligros Tú me concedes la victoria...

Amor casto, amor tierno, amor divino, amor eterno, que me diste la vocación y que me la has preservado hasta el día de hoy, y que sé que me la conservarás hasta que en las llamas de ese mismo amor yo me consuma...

Amor de ángeles, amor sin límites, amor heroico, amor de todos los amores juntos, amor caridad de Dios... ¡por esto soy tan feliz como soy; por esto soy tan constante como he sido!... y ¡víctima suya como lo he sido (Beato Miguel Agustín Pro, Su Corazón su

Pensamiento, Rafael Cervantes P., S.J. México, 2006, p. 8).

*h) San Alberto Hurtado (Chile, 1901-1952)*

Ama a Jesucristo. Hasta tu último suspiro ve apasionándote cada día más por su adorable persona. Estudia, escruta, indaga, expón sin descanso a ti mismo y a los demás, hasta saberlo de memoria, mejor dicho, hasta asimilarte a El, perderte en El. Que El sea enteramente y cada día más el centro de tus pensamientos, el vínculo de tus conocimientos, el fin práctico de cualquiera de tus estudios. Hazlo el objeto moralmente único, el argumento soberano, el arma triunfadora de tu apostolado... como el hombre lleno y poseído de Jesucristo, como el hombre que a propósito o fuera de él, si fuera posible, hable sin cansarse de Jesucristo y hable de la abundancia de su Corazón.

De una Charla a Universitarios, Fiesta del Sagrado Corazón (extracto de un texto más largo): el amor de Cristo está lleno de ternura, de solicitud no sólo por nuestra alma sino también por nuestro cuerpo, por las dolencias físicas que sana aun sin que se le rueguen; por la tristeza de sus amigos, por el hambre de los pobres que se apresura a satisfacer, y con qué delicadeza defiende a sus hambrientos discípulos cuando se alimentan de las espigas, con qué ternura les prepara el desayuno después de la noche de pesca.

Y este amor de Cristo, este amor del Hijo de Dios, este amor de Jesús es el que honramos en la devoción al Sagrado Corazón. Y esta devoción si siempre ha sido amable es hoy la devoción salvadora. ¿Qué es lo que más necesita el mundo en el momento actual? Lo que necesita el mundo hoy es una generación que ame, que ame de verdad, que realice la idea del amor: querer el bien, el bien de otro antes que el propio, el bien de otro a costa del propio bien de la vida; el bien de todos, el bien del pobre y del modesto empleado, el bien de la pobre viuda que no está sindicalizada, de los niños del arroyo; el bien de la prostituta...

Amor es lo que el pobre mundo moderno necesita. Sus dolores son tan inmensos como nunca lo había sido. Y aquí está nuestro deber: darle ese amor. A nosotros nos toca reivindicar lo que es nuestro, lo que constituye la grandeza aun de los errores: lo que es más nuestro, la caridad, el amor de Cristo.

Pero que nuestro amor no sean discursos, libros, preciosas páginas. Ni siquiera que nos contentemos con esgrimir las encíclicas y pastorales: la verdad que hay en ellas es demasiado hermosa y nadie nos la achacará; lo que nos achacan es no haberles dado cumplimento.

Lo que el mundo requiere son obras, obras como las de Francisco de Asís; de Pedro Claver, de Damián de Veuster... Y cuáles serían, en concreto, esas obras de caridad, de amor.

Despertar en nosotros un hambre y sed de justicia. Hambre y sed de la verdad total. Hambre y sed de Cristo: conocerlo, conocer su doctrina, estudiarla en sus consecuencias sociales. Desarrollar la inquietud social, afectarnos por el sufrimiento sobre todo del pobre. Aumentar el sentido social. No descansar cuando vemos el mal; ser inconformistas... que no nos contentemos con ofrecer el cielo a los demás, mientras nosotros poseemos cómodamente la tierra que es la más brutal y amarga de las ironías.

Dar algo que es muy necesario, amor, caridad, comprensión. Estamos tan divididos y necesitamos tanto de amarnos, de comprendernos. Terminar con esas sospechas, desconfianzas, recelos mutuos. Abrazarnos en Cristo. Y si los problemas son contingentes ¿por qué no podríamos opinar? El respeto a la persona humana es algo básico en el cristianismo. Con tal que obedezcamos la jerarquía y mantengamos la unidad en lo esencial.

Unidos en Cristo, unidos con Cristo. Más unidos entre

nosotros. La medida de nuestra unión será la de nuestra unión en Cristo y con Cristo. Unirnos en lo único que podemos estar unidos, en Cristo. Mañana todos en el Corazón de Cristo. En la Misa poner en el Corazón de Cristo a todos los hombres.

#### *V. Conclusión*

Hemos hecho un recorrido bíblico e histórico que ha deseado exponernos "a corazón abierto" al Corazón amante de Jesús. Hemos querido dejarnos cautivar por la dulzura, generosidad, valentía, humildad de ese Corazón tan humano y tan divino.

El trabajo que viene ahora es de contemplación y adoración personal, para aprender su estilo de amar y hacerlo vida. Nos propusimos al comienzo de este trabajo hacer una Cristología desde el corazón, desde el corazón de cada uno, desde el Corazón de Jesús. Esperamos haber ayudado a abrir más la puerta insondable del amor desproporcionado de Jesús por nosotros. Deberá ahora continuar el lenguaje íntimo de nuestro amor con El. Seguiremos pidiendo que haga nuestro corazón semejante al suyo, hasta el encuentro definitivo en que ambos corazones, el suyo y el nuestro, podrán unirse sin restricciones en el diálogo de amor que no terminará.

Concluamos escuchando al Padre Pedro Arrupe, amigo de su Corazón, hablándonos del amor: nada puede importar más que encontrar a Dios. Es decir, enamorarse de El de una manera definitiva y absoluta. Aquello de lo que te enamoras atrapa tu imaginación, y acaba por ir dejando su huella en todo. Será lo que decida qué es lo que te saca de la cama en la mañana, qué haces con tus atardeceres, en qué empleas tus fines de semana, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón, y lo que te sobrecoge de alegría y gratitud. ¡Enamórate! ¡Permanece en el amor! Todo será de otra manera.

**LOS PADRES DE LA IGLESIA Y  
EL CORAZON DE JESUS EN LA ENCICLICA  
"HAURIETIS AQUAS" DE PIO XII.**

*Raúl Silva Arredondo, MSC  
Guadalajara, Jal. 19 de Julio del 2007*

*Introducción*

El Papa Juan Pablo II realizó el 5 de Octubre de 1986, una peregrinación a la región de Lyon en Francia y, concretamente a Paray-Le-Monial, lugar de las revelaciones del Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque. Ese día el Papa entregó una carta al P. Peter-Hans Kolvenbach, General de los Jesuitas, en donde asienta los lineamientos de "*un culto actualizado al Corazón de Jesús*" (José Luis de Urrutia, S.J. Espiritualidad del Corazón de Jesús Hoy. Ave María, Madrid, 3ª. Ed, 1986, pp. 466-468).

En un acto muy sencillo y significativo el Papa ha querido visitar las reliquias de San Claudio la Colombière, S.J. (Director Espiritual de Santa Margarita María Alacoque), en la pequeña Iglesia de los jesuitas. Estuvieron presentes en el acto, el P. Kolvenbach y un grupo de jesuitas procedentes de toda Francia.

Dice el Papa en su carta: "...En efecto, si el Señor ha querido en su providencia que en el umbral de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-Le-Monial un impulso poderoso a favor de la devoción al Corazón de Cristo, bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por Santa Margarita María, *los elementos esenciales de esta devoción pertenecen también de forma permanente a la espiritualidad de la Iglesia a lo largo de toda su historia*, porque, desde el comienzo, la Iglesia ha dirigido su mirada hacia el Corazón de Cristo traspasado en la cruz, del que brotó sangre y agua, símbolos de los sacramentos que constituyen la Iglesia y, en el Corazón del Verbo

Encarnado, los padres del Oriente y del Occidente cristianos han visto el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor del Divino Redentor, cuyo Corazón traspasado es un símbolo particularmente expresivo" (Luis González, S.J. La actualidad de la Devoción al Corazón del Redentor. A propósito de la carta del Papa al P. Kolvenbach. En revista Manresa No. 59, 1987, pp. 171-189).

El Papa Juan Pablo II habla pues de "Los Padres del Oriente y Occidente".

*¿Pero quienes son estos Santos Padres?*

"Al período histórico comprendido entre la fundación de las primeras comunidades eclesiales por los Apóstoles y el pontificado de San Gregorio Magno (540-604) se le suele llamar a menudo la "Epoca de los Padres de la Iglesia" (Guillermo Arias, S.J. Un Corazón para siempre. Buena Prensa, México. Tercera edición 1999. p. 28).

Los "Padres de la Iglesia" son los mas insignes pastores de la Iglesia de los primeros siglos. Sus enseñanzas, en sentido colectivo, son consideradas por la Iglesia como fundamento indispensable de la doctrina ortodoxa cristiana. Por su cercanía a los Apóstoles nos presentan la correcta interpretación de las Sagradas Escrituras. Los cuatro principales criterios para ser reconocido como "Padre de la Iglesia": antigüedad, ortodoxia, santidad, aprobación de la Iglesia. Los Padres se distinguen entre *griegos* (procedentes del Este) y *latinos* (del Occidente).

"Lo que nosotros enseñamos no es el resultado de nuestras reflexiones personales, sino lo que hemos aprendido de los Padres"  
-*San Basilio*.

*Padres Apostólicos*: Estos son los Padres de la Iglesia que fueron discípulos directos de alguno de los Apóstoles. También se otorga este título a los Padres (siglo I, II) que constituyen un

eslabón entre el Nuevo Testamento y los apologistas del segundo siglo. Los escritos de los Padres Apostólicos son considerados como un eco de la enseñanza de los Apóstoles. Ejemplo: *San Policarpo, San Ignacio de Antioquía*.

Durante este tiempo de los Padres de la Iglesia se habla del Corazón de Cristo, pero no de la misma manera o con las mismas categorías devocionales que empleamos nosotros hoy. En ese entonces no podemos hablar de "Devoción al Corazón de Jesús", aunque sí de intensa devoción al Costado Herido de Cristo, fuente y fundamento de la Devoción, tal como se va desarrollando posteriormente. Los Padres de la Iglesia nos ayudarán a ir descubriendo, con la Iglesia, y a través de estos primeros siglos, el tesoro inigualable del Corazón de Cristo (Ibíd. p. 28).

Una vez que hemos definido a quiénes llamamos "Padres de la Iglesia", vamos a repasar qué nos dice la Encíclica "Haurietis aquas" sobre ellos.

La Encíclica "HAURIETIS AQUAS", nos habla en los números 26 al 30, de *"Las pruebas de los Santos Padres a favor de los afectos sensibles del verbo encarnado"* (Carta Encíclica de S.S. el Papa PIO XII sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús. En: Francisco Cruz MSC El Corazón de Jesús Y los Papas: León XIII, Pío XI, Pío XII, Juan Pablo II. México D.F. pp. 59-63).

*26. Finalidad de la Encarnación: Manifestar en forma sensible su amor divino.*

"Los Santos Padres, testigos veraces de la doctrina revelada, advirtieron muy oportunamente lo que ya San Pablo Apóstol había claramente significado, a saber, que el amor divino es como el principio y el cúmen de la obra de la Encarnación y Redención. Léese frecuentemente en sus escritos que Jesucristo tomó en sí la humana naturaleza perfecta y nuestro cuerpo frágil y caduco para procurarnos la salvación eterna y para manifestar y patentizar en forma sensible su amor infinito hacia nosotros.

27. *Los Padres griegos lo enseñan.*

*San Justino*

*San Justino* haciéndose eco de la voz del Apóstol de las gentes, escribe lo siguiente: "Amamos y adoramos al Verbo nacido de Dios inefable y que no tiene principio: ya que se hizo hombre por nosotros para que, hecho partícipe de nuestras dolencias, nos procurase su remedio" ("Apol." 2, 13; P.G. 6,465).

*San Basilio*

Y *San Basilio*, primero de los tres Padres de Capadocia, afirma que los afectos sensibles de Cristo fueron verdaderos y al mismo tiempo santos: "Es manifiesto que el Señor poseyó los afectos naturales en confirmación de su verdadera y no fantástica encarnación; lo es también que rechazó como indignos de la divinidad los afectos viciosos de nuestra vida (Epist. 261, 3; P.G. XXXII, 972).

*San Juan Crisóstomo*

Igualmente, *San Juan Crisóstomo*, lumbrera de la Iglesia Antioquena, confiesa que las conmociones sensibles de que el Señor dio muestra prueban irrecusablemente que poseyó integralmente nuestra humana naturaleza: "A no haber poseído nuestra humana naturaleza, no hubiera experimentado una y más veces la tristeza". ("In Ioann", Homil. 63, 2; P.G. LIX, 350).

28. *Los Padres Latinos.*

*San Ambrosio*

Entre los Padres latinos merecen recuerdo los que hoy venera la Iglesia como Doctores máximos. *San Ambrosio* afirma que la unión hipostática es el origen natural de los afectos y sentimientos que el Verbo de Dios Encarnado experimentó: "'Por tanto, ya que tomó el alma, tomó las pasiones del alma; pues Dios, como Dios que es, no podía turbarse ni morir" ("De Fide ad

Gratianum", II, 7,56; P.L. XVI, 594).

*San Jerónimo*

En estas mismas reacciones apoya *San Jerónimo* el principal argumento para probar que Cristo tomó realmente la humana naturaleza: "Nuestro Señor se entristeció realmente para manifestar su humana naturaleza" (cf. "Super Math", XXVI, 37; P.L. XXXVI, 205).

*San Agustín*

Particularmente *San Agustín* nota la íntima unión existente entre los sentimientos del Verbo Encarnado y la finalidad de la Redención humana: "El Señor se revistió de los afectos de la fragilidad humana, del mismo modo que aceptó la fragilidad de nuestra carne y la muerte de ella, no por necesaria coacción, sino por el estímulo de la misericordia, para asimilar así su cuerpo, que es la Iglesia, cuya cabeza se dignó ser, o sea, sus miembros en sus santos y fieles; de modo que si alguno de ellos, por efecto de las tentaciones humanas, se entristeciese y se doliese, no por eso creyese estar privado del influjo de su gracia; y como un coro concuerda con la voz que le da tono, así su cuerpo supiese de su cabeza que tales movimientos no son de suyo pecado, sino solamente indicio de la humana fragilidad" ("Enarr. In PS LXXXVII", 3; P.L. XXXVIII, 1111).

*San Juan Damasceno*

Con mayor concisión y no menor fuerza estos pasajes de *San Damasceno* testifican la doctrina de la Iglesia: "Todo Dios ha tomado a todo el hombre, y el todo se ha unido al todo para procurar la salvación de todo el hombre. De otra manera no hubiera podido sanar lo que no asumió" ("De Fide Orth", III, 6; P.G. XCIV, 1006). Tomó, pues, todo para santificar todo" ("De Fide Orth" III,20: P.G. XCIV, 1981).

29. *Al hablar de afectos humanos, indirectamente ya hablan del Corazón.*

Bien es verdad que ni los autores sagrados ni los Padres de la Iglesia que hemos citado y otros semejantes, aunque prueban abundantemente que Jesucristo estuvo sujeto a los sentimientos y afectos humanos y que por eso precisamente tomó la naturaleza humana para procurarnos la eterna salvación, con todo no refieren en concreto dichos efectos a su corazón físicamente considerado, señalando en él el símbolo de su amor infinito.

Por más que los evangelistas y los demás escritores sagrados no nos describan abiertamente el Corazón de nuestro redentor, no menos vivo y sensible que el nuestro, y las palpitaciones y estremecimientos debidos a las diversas conmociones y afectos de su alma y a la ardentísima caridad de su doble voluntad, sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles con él relacionados: el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según las expresiones de su mirada, palabras y gestos. Y principalmente el rostro adorable de nuestro Salvador fue sin duda el índice y como el espejo fidelísimo de los afectos, que, conmoviendo en varios modos su ánimo, a semejanza de las olas que se entrecocan, llegaban a su corazón santísimo y excitaban sus latidos. A la verdad, vale también, a propósito de Jesucristo, cuando el Doctor Angélico, amaestrado por la experiencia, observa en materia de psicología humana y de los fenómenos de ella derivantes: "La turbación que la ira produce repercute en los miembros externos y principalmente en aquellos en que se refleja más la influencia del corazón, como son los ojos, el semblante, la lengua" ("Sum. Theol." 1-II, q. 48, a. 4; ed. León., t. VI, 1981, p. 306).

*30. El corazón símbolo del triple amor, y en especial del amor sensible.*

Con mucha razón, pues, es considerado el corazón del Verbo encarnado como índice y símbolo del triple amor con que el divino redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. Es ante todo *símbolo del divino amor*, que en El es

común con el Padre y el Espíritu Santo, y que sólo en El, como Verbo encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil instrumento humano, "ya que en El habita la plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col. 2,9). Además, el Corazón de Cristo es *símbolo de ardentísima caridad*, que infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados de una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa (cf. "Sum. Theol." III, q. 9.aa. 1-3; Ed. Leon. t. XI, 1903, p. 142).

Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es *símbolo de su amor sensible*, ya que el cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva, todo otro organismo humano ("Sum. Theol." III, q. 33. a. 2, ad 3m; q. 46, a. 6; Leon., t. XI, 1903; pp. 342, 433).

#### *Conferencia del Cardenal Ratzinger*

Para entender la Importancia de los Padres de la Iglesia en la Espiritualidad del Corazón de Jesús, vamos a iluminarnos con una Conferencia magistral del entonces Cardenal Ratzinger en el Congreso de Toulouse sobre el Corazón de Jesús, celebrado en 1981 con motivo del XXV Aniversario de la Encíclica "Haurietis aquas".

Su título es "El misterio pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al sagrado corazón de Jesús" (Cardenal Joseph Ratzinger. "El Misterio Pascual, raíz y objeto más hondo de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Conferencia en el Congreso de Toulouse sobre el Corazón de Jesús (24-28. 07.1981), con motivo del XXV Aniversario de la Encíclica Haurietis aquas).

#### *I. La crisis de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en la época de la Reforma Litúrgica*

Desde la entrada del movimiento bíblico y litúrgico se

desplegaron notables esfuerzos para fundamentar bíblica y patristicamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, poniéndola en consonancia con los orígenes cristianos. En el ámbito germano merece especial mención al respecto Hugo Rahner.

Hugo buscó nuevos fundamentos a la devoción al Corazón de Jesús, conectándola con la exégesis que los Santos Padres hacían de Jn 7,37-39 y Jn 19,34. Son dos perícopas que hablan del costado abierto de Jesús, de la sangre y el agua que de él brotaron. Ambos textos expresan evidentemente el misterio pascual: del Corazón traspasado del Señor brota la fuente de la vida, que son los sacramentos.

## *II. Elementos para una nueva fundamentación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús a base de la encíclica "Haurietis aquas"*

### *1. Su fundamentación en una teología de la Encarnación.*

La encíclica desarrolla una antropología y una teología de la corporeidad, donde ve los fundamentos filosóficos y psicológicos del culto al Corazón de Jesús. El cuerpo no es algo puramente exterior, que está junto al espíritu o el alma. El cuerpo es más bien la autodicción del espíritu, es su "imagen".

Ahora bien; siendo el cuerpo lo visible de la persona, y la persona la imagen de Dios, el cuerpo resulta en el conjunto de todas sus dimensiones el espacio donde lo divino se configura, se cristaliza en concreto.

Desde el principio presenta la Biblia el misterio de Dios en las imágenes del cuerpo y del mundo ordenado al cuerpo.

### *2. La importancia de los sentidos y del sentimiento en la devoción.*

Nos encontramos con la conclusión lógica básica que saca la encíclica de su teología de la corporeidad y de la encarnación: el hombre necesita contemplar, interiorizar los misterios divinos con una contemplación íntima que es como tocar y palpar la realidad. El hombre tiene que subir por la escala del cuerpo, donde está el camino que lleva a la fe.

Se nos invita a una mirada absorta, con la que el corazón comienza a ver y entender, de suerte que incluso los sentidos están comprometidos en la contemplación cordial, porque "sólo con el corazón se ve bien", como le hace decir Saint-Exupery al Principito, que es toda una figura simbólica de la ingenuidad, de ese "hacerse niño" tan necesario para, desde la sabihondez ilustrada del mundo de los adultos, redescubrir lo peculiarmente humano, que se escapa de las redes de la razón pura.

La teología de la corporeidad, que expone la encíclica, es, por así decirlo, una apología del corazón, de los sentidos y del sentimiento en general, y particularmente en el campo de la piedad. Para ello apela la encíclica a Ef 3,18s; "a fin de que os fortalezcáis para comprender con todos los santos lo ancho, largo, alto y profundo de la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento".

Ya la patrística y, en particular, en la tradición que remonta al Pseudo-Dionisio, este pasaje de los Efesios indujo a subrayar los límites de la razón. En la tradición dionisiáca surge así la frase *ignote cognoscere, conocer ignorando*, que daría paso a la *docta ignorancia*. Es la mística de las tinieblas, donde sólo el amor tiene ojos. Muchos textos podrían citarse al respecto, como el de san Gregorio Magno: "Amor ipse notitia est", o el de Ricardo de San Víctor; "Amor oculus est et amare videre est" (El amor es ojo y amar es ver).

La encíclica se detiene en el v. 18 de Efesios 3 donde se habla de lo largo, de lo ancho, alto y profundo, y prosigue: "Para

interiorizar, es preciso considerar que el amor de Dios no es solo espiritual". El amor que redunda de los Evangelios, de los Hechos de los Apóstoles y del Apocalipsis no es meramente espiritual, sino también expresión del amor humano sensiblemente estructurado..., puesto que la Palabra de Dios no asumió un cuerpo ficticio.

Se nos invita, por consiguiente, a una devoción ligada a los sentidos, en consonancia con la corporeidad del amor humano-divino de Jesucristo. Ahora bien, para la encíclica, la piedad ligada a los sentidos es esencialmente la devoción cordial, ya que el corazón es raíz y fondo englobante de los sentidos, el lugar de encuentro y compenetración de la sensibilidad y del espíritu, donde estos se hacen uno. La piedad sensible bien entendida es la devoción acorde con el lema del cardenal Newman: "Cor ad cor loquitur" (El corazón habla al corazón), sentencia que quizá viene a ser la síntesis más bella de lo que podemos llamar la piedad cordial como devoción centrada en el Corazón de Jesús.

La encíclica añade que el corazón es expresión de las *pasiones* del hombre: expresión de sus pasiones y, por ende, de la pasión de la persona humana.

Frente al ideal estoico de la apatía, frente al Dios aristotélico, que es pensamiento del pensamiento, está el corazón como cifra y resumen de las pasiones, sin las que es inconcebible la Pasión del Hijo.

La encíclica cita a los Padres de la Iglesia: Justino, Basilio, Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Juan Damasceno, haciendo resonar en diversas variaciones la melodía común a toda la patrística, que se resume en una palabra: "...passionum nostrarum particeps factus est" (compartió nuestras "pasiones").

Este punto de síntesis de la herencia griega y de la fe bíblica deparó las mayores dificultades a los Padres que conocieron

el ideal moral de la Estoa, el ideal de la impassibilidad del sabio, que pretende dominar y superar con la inteligencia y la voluntad el sentimiento irracional.

Por otra parte, sin embargo, no se puede pasar por alto que la figura del Jesús que se aíra, se alegra, espera y se desalienta, está en la línea de la concepción veterotestamentaria de Dios. Más todavía, porque en Jesús, el Logos hecho hombre, llegan a su punto extremo y radical los antropomorfismos del Antiguo Testamento.

No podía darse la Pasión sin las "pasiones". El sufrimiento supone capacidad de sufrir, y la capacidad de sufrir, la sensibilidad, la afección, la emotividad, el sentimiento.

En la época de los Padres de la Iglesia fue sin duda Orígenes quien más hondamente comprendió la temática del Dios "Paciente" y quien con más soltura la expresó también, hasta el punto de que resulta imposible reducir dicha temática a la humanidad paciente de Jesús, pues afecta a la idea misma cristiana de Dios. Ver sufrir al Hijo es también "pasión" del Padre, y con ellos compadece (padece con) el Espíritu, que, según dice Pablo, gime en nosotros y soporta en nosotros y por nosotros la "pasión" de la añoranza y de la expectación de la redención consumada (Rm 8,26).

Ahora bien. Orígenes fue al mismo tiempo quien dio la pauta hermenéutica al tema del Dios paciente: "Cuando oigas hablar de las pasiones de Dios, acuérdate siempre del amor".

Dios es un "paciente" porque es un amante, y la temática del Dios paciente brota de la temática del Dios amante, a la que nos remite siempre. El avance específico del concepto cristiano de Dios respecto a la antigüedad está en la profesión de que Dios es caridad.

Desde el punto de vista de la encíclica *Haurietis aquas*, las "pasiones" de Jesús, concentradas en su Corazón y sintéticamente representadas por el Corazón, constituyen la razón y la justificación de que también en las relaciones del hombre con Dios debe entrar el corazón, es decir la facultad del sentimiento, la emotividad del amor. Una devoción encarnada tiene que ser una devoción "apasionada", una piedad de corazón a corazón, como lo es precisamente la devoción pascual, puesto que el misterio de pascua es por su esencia, como misterio de sufrimiento, un misterio del Corazón.

### *3. Antropología y teología del corazón en la Biblia y en los Padres*

De todo lo dicho se desprende que la devoción cristiana involucra los sentidos, que tienen su ordenación y unidad del corazón, e involucra también los sentimientos, que tienen su foco en el corazón. Queda probado que una devoción centrada así en el corazón corresponde a la imagen cristiana de Dios que tiene un Corazón. Queda probado que, en definitiva, este Corazón es la expresión y la exégesis del misterio pascual, donde se cifra la historia del amor de Dios al hombre.

Pero cabe preguntarse: ¿Corresponde tamaña acentuación del término-clave "corazón" no ya sólo a la cosa, sino también al lenguaje de la tradición? Siendo el concepto de corazón tan elemental como lo hemos presentado, tiene que tener también como término siquiera un empalme básico con la Biblia y con la tradición.

#### *¿Qué encontramos en los Padres de la Iglesia?*

Según A. Hamon, el primer milenio calla sobre el tema del "Corazón de Jesús". Al parecer, la frase se oye por primera vez en San Anselmo de Canterbury, pero sin un significado específico (A.

Hamon, Coeur (Sacré) (Sagr. Corazón) en Dict. De Spiritualité II, 1023-1046).

Con sus estudios sobre la exégesis patristica de Jn 7,37-39 y Jn 19,34, Hugo Rahner ha incorporado a los Padres de la Iglesia en la historia del culto al Corazón de Jesús, si bien, como hemos dicho los Padres no emplean en este contexto el término "corazón".

No obstante, aunque es cierto, hoy como ayer, que la frase "Corazón de Jesús" no aparece en los Padres, encontramos en ellos, más allá de lo que dice Hugo Rahner, un fundamento importante de la devoción al Corazón de Jesús, un fundamento que podríamos calificar de teología y filosofía del corazón, que tiene tanta importancia en la mentalidad patristica, hasta el punto de que, por ejemplo, E. Maxsein ha dedicado toda una investigación a la *philosophia cordis* de san Agustín.

Quien ha leído sus "*Confesiones*" sabe el papel que desempeña el término "corazón" como centro de una antropología dialógica, y es claro que por esta vía penetra en el pensamiento de San Agustín la corriente de la terminología bíblica y con ella la corriente de la teología y antropología bíblicas.

San Jerónimo llega en cierta ocasión a decir que el centro del hombre es, según Platón y los platónicos, el cerebro, y, según Cristo, el Corazón (Epist. 64,1).

La tensión entre la antropología platónica y la estoica deparó a los Padres la posibilidad de esbozar una nueva síntesis antropológica desde la Biblia.

Orígenes con ocasión de la perícopa del Bautista, que transmitió Jn 1,26: "en medio de vosotros está aquel a quien no conocéis" dice: Es el Logos, que sin nosotros saberlo, está en medio de nosotros, porque el medio o centro del hombre es el

corazón, y en el corazón está la fuerza rectora de todo, que es el Logos (Orígenes, In Ioh., GCS IV, 94,18).

El término "corazón" viene así a significar, más allá de la razón "un estrato más hondo de la vida espiritual, donde se realiza un contacto con lo divino".

E. Von Ivanka ha mostrado cómo de esta secuencia de ideas de Orígenes brotó la corriente de devoción y pensamiento que produjo en las monjas alemanas de la Edad media un florecimiento al Corazón de Jesús y, en general una mística que acentúa la primacía del corazón sobre la razón, del amor sobre el conocimiento. (E. von Ivanka, *Plato christianus*, Einsiedeln 1964, pag. 350).

Así pues, la consideración del corazón como lugar del encuentro salvífico con el Logos se fundamenta en la nueva síntesis del pensamiento patrístico, como la fórmula por ejemplo San Agustín a propósito de los salmos: "Volvamos al Corazón para encontrarle".

A modo de conclusión podemos decir que la Estoa ve en el corazón el sol del microcosmos, la fuerza vital y la energía conservadora del organismo humano y del hombre en su totalidad. La Estoa define la función de esta fuerza rectora como síntesis, como causa de cohesión y de coherencia. La tarea del corazón es la propia conservación, la cohesión y coherencia propias.

El Corazón traspasado de Jesús, en realidad, revoluciona, "vuelca" esta definición (cf. Os 11,8). Este Corazón no es conservación propia, sino entrega de sí, donación. Salva al mundo abriéndose. El vuelco del Corazón abierto es el contenido del misterio pascual. El Corazón salva, pero salva dándose, brindándose. El centro del cristianismo se nos presenta así en el Corazón de Jesús, donde se cifra toda la auténtica revolución, toda

la novedad transformadora de que nos habla la Nueva Alianza. Este Corazón llama al corazón. Nos invita a renunciar a ese vano intento de auto conservación para encontrar en el amor mutuo, en la donación de nosotros mismos a El y con El, la plenitud de la caridad, que es la eternidad en sí y por sí y que sólo ella conserva al mundo.



**¿QUE PROPONEMOS CUANDO DECIMOS AO?**  
*La puesta en práctica del Apostolado de la Oración*

**Claudio Barriga, S.J.**

*(Basado en la Ponencia dada en  
el Encuentro Nacional del AO de España, sept 2007)*

*Introducción*

*¿Para qué y a quiénes sirve el Apostolado de la Oración?*

El Apostolado de la Oración (AO) es un valioso instrumento que ofrece una espiritualidad sencilla y profunda a todos los cristianos. A los *cristianos ya comprometidos* esta propuesta los une a la Eucaristía y al Corazón de Jesús, les brinda la oportunidad de reforzar en el día a día su vida espiritual. El AO es una oferta de renovación para las personas que trabajan en todo tipo de obras de Iglesia: parroquias, colegios, instituciones, ONGs, editoriales, etc.

Al mismo tiempo, el AO resulta la herramienta indicada para *enormes masas* de cristianos que quieren asumir su mayoría de edad en la Iglesia y no saben cómo por falta de formación, porque son pobres y tienen poca disponibilidad de tiempo y medios, porque viven en situaciones que llamamos "irregulares", o por falta de ayudas pastorales adaptadas a ellos. El AO abre la posibilidad real de ayudar al mayor número posible de hermanos, de todas las edades y situaciones, "a unir su oración y su vida a la oración y la misión de la Iglesia".

Los estudiantes jesuitas de Vals del siglo XIX tenían sus prácticas de oración, hacían todos los años los Ejercicios Espirituales de San Ignacio por ocho días, llevaban una vida cuidada espiritualmente... "pero perdían el sentido de sus rezos, oraciones, eucaristías, estudios, servicios, vida comunitaria, etc. El

P. Gautrelet les enseñó a enhebrar todo en la disponibilidad que se entrega y convierte en alegría a partir del ofrecerse cotidiano al Plan del Padre y se concreta realizando lo que corresponde, uniéndolo en oración a lo que preocupa y ocupa a la Iglesia..." (J. A. Medina, S.J.).

La propuesta del AO es sencilla en su práctica, pero ambiciosa en sus metas. Es verdaderamente un camino de santidad para el cristiano de hoy: Le invita a poner a Jesús en el centro de su vida diaria, renunciando a sus propios deseos y caprichos. Le enseña a pedir cada día el Espíritu Santo que conforma todas sus opciones y decisiones a la voluntad de Dios. Le permite descubrir que vivir en el amor del Corazón de Jesús es un camino de plenitud, que cambia el propio corazón, que conduce a una profunda liberación y al gozo verdadero. Le advierte que el camino del egoísmo y el narcisismo sólo conducen a la infelicidad y la frustración.

¿Cómo se vive en la práctica este camino del amor que nos propone el Apostolado de la Oración?

#### *Las prácticas básicas*

Cuando llegamos al capítulo de las prácticas propias del AO, lo primero que debemos decir es que son pocas sus prácticas específicas, pues lo que promovemos es una forma de vivir con mayor conciencia las prácticas eclesiales de siempre. El AO no añade nada nuevo a la espiritualidad cristiana, más bien ayuda a vivir lo esencial.

Lo primero que debemos hacer es *valorar y vivir nuestra condición de bautizados*. Supuesta la celebración del sacramento, nuestra espiritualidad se puede resumir en vivir su significado. Esto consiste en descubrir el don inestimable de ser hijos e hijas amados de Dios del modo en que lo vivió Jesús, esto es, desde su Corazón

de Hijo. El bautismo nos constituye hijos, nos consagra al Padre para vivir en dependencia de su amor. Nos incorpora a la familia de los hijos e hijas de Dios que es la Iglesia. Nos otorga el Espíritu Santo que nos hace clamar "Abba", posibilita que nuestra vida se una en todo a la de Jesucristo. Todo lo esencial del AO está contenido en esta fecunda vivencia de la espiritualidad bautismal.

#### *El ofrecimiento diario de la vida*

Nuestro ofrecimiento cotidiano es *la práctica más característica* del AO con la que el bautizado toma conciencia del valor espiritual que puede dar a su propia vida, incluso a sus actos más sencillos, y los ofrece al Padre en unión con Cristo.

Esta ofrenda nos hace ver que podemos buscar, encontrar y servir a Dios en todas las personas y cosas que nos rodean; transforma la vida entera en oración de intercesión ante el Padre por el mundo; fortalece los vínculos con la Iglesia Universal, sintiendo como propios los problemas que afectan al conjunto de ésta. También, realizada con seriedad, transforma a quien la hace: no es fácil ofrecer el trabajo diario al Señor y mantener, al mismo tiempo, actitudes o pensamientos contrarios al Evangelio (Tomado del folleto: La espiritualidad del AO, España, 2007).

La meta es clara y muy deseable: encontrar y servir a Dios en todo unidos a la Iglesia; pero, ¿cómo lograrlo?

#### *Propuesta Paso a Paso Para Ponerlo en Práctica (6P-9)*

1. Comienza por tomar *conciencia de tu bautismo*, renueva en ti el don recibido aquel día. Escucha en tu corazón la voz amorosa del Padre que te vuelve a llamar "*mi hijo amado*", "*mi hija amada*". Agradécele que en este sacramento haya unido tu vida para siempre a la de Jesús, y que ahora te invite a vivirlo en plenitud caminando cada día con El.

2. *Acepta la amistad que te ofrece Jesús.* Te ama, y quiere entrar en relación personal contigo, de corazón a corazón, te ofrece su vida. Ve a su encuentro. Y corresponde a ese amor ofreciéndole lo que tienes.

3. Cada mañana, unido al Corazón de su Hijo, *ofrece al Padre tu propia persona* y el día que tienes por delante: trabajos, alegrías y sufrimientos; cada respiración, pensamiento, latido de tu corazón.

4. A lo largo del día *renueva brevemente este ofrecimiento*, recordando que todo lo que hagas, adquiere un nuevo significado porque lo has ofrecido y unido a la vida de Jesús. Esto hace de ti un apóstol, un enviado que tiene una misión por delante: ser testigo de Jesús por tu manera de vivir en entrega a los demás y en solidaridad con los que sufren.

5. *En la Eucaristía este ofrecimiento adquiere su dimensión más plena.* Participa diariamente en ella si te es posible, uniendo la ofrenda de tu vida a la del pan y del vino, *frutos de la generosidad de Dios y del trabajo humano, que serán pan de vida y bebida de salvación.* De este modo tu vida comunica la vida y salvación de Cristo a quienes te rodean. Así, cada momento de tu día, unido a la ofrenda de Jesús, será como una misa prolongada.

6. Puesto que por el Bautismo has entrado a formar parte de la Iglesia, *une tu vida y tu oración a la misión y oración de toda la Iglesia.* El Papa, como pastor de la Iglesia universal, lleva en su corazón las necesidades de la Iglesia y del mundo. Para cada mes propone a la oración de los fieles dos de sus preocupaciones. Infórmate de cuáles son y ofrece tu día por estas intenciones. En ellas puedes descubrir llamadas en las que Dios te invita a ponerte al servicio de la Iglesia y la sociedad.

7. Haz al final de la jornada una *oración de revisión* o examen. Lo más importante no será la pregunta ¿qué hice mal?, sino más bien, ¿qué ha hecho Dios con el regalo que le entregué al comienzo del día? También pediré perdón por mis pecados, pero más importante que ver lo que hice mal es ver lo que Dios hizo bien. Y le pido ayuda para que el próximo día sea mejor.

8. Acude al *sacramento de la reconciliación* con regularidad para celebrar el perdón que Jesús te ofrece, renovando por la mediación de la Iglesia el don de vivir en su amistad.

9. *Responde al amor de María* amándola tiernamente, tenla presente en tu corazón y en tu vida; ella es la mejor guía y compañera en tu caminar hacia Jesucristo.

¿Qué palabras puedes usar para ofrecer cada día tu vida al Padre? Puedes decirlo con tus propias palabras o utilizar esta oración que te proponemos:

Dios, Padre nuestro,  
yo te ofrezco toda mi jornada,  
mis oraciones, pensamientos, afectos y deseos,  
palabras, obras, alegrías y sufrimientos  
en unión con el Corazón de tu Hijo Jesucristo,  
que sigue ofreciéndose a Ti en la Eucaristía  
por la salvación del mundo.  
Que el Espíritu Santo, que guió a Jesús,  
sea mi guía y mi fuerza en este día  
para que pueda ser testigo de tu amor.  
Con María, la madre del Señor y de la Iglesia,  
te pido especialmente por las intenciones del Papa  
y de nuestros obispos para este mes.

En esta oración, de profundo contenido trinitario, hallamos los elementos esenciales de la actitud espiritual que nos propone el

AO. Ofrecemos al Padre todo lo que somos y hacemos, y nuestra vida pasa a tener un valor de salvación para otros, no por nuestros méritos, sino porque nos unimos a Jesús, que en la Eucaristía sigue ofreciéndose por nosotros.

Esta oración, dicha cada mañana, es un acto de voluntad que expresa nuestro deseo de que todo el día sea vivido en sintonía con la vida y la actitud de Jesús. Puesto que por nosotros mismos no nos sería posible, imploramos la fuerza y la asistencia del Espíritu Santo.

Invocamos también la ayuda de María, nuestra ejemplar compañera en el camino del discipulado.

Basta esta oración, bien asimilada, para descubrir y entender los elementos de la propuesta espiritual del AO.

#### *Al servicio de los demás*

El ofrecimiento diario induce a la práctica imprescindible que refleja la autenticidad de nuestra ofrenda: *el servicio y la solidaridad* con los hermanos. "Oración y Servicio", lema del AO, expresa en síntesis nuestra vocación. Si ofrecemos con sinceridad nuestra vida al Padre, nos situamos en línea con Jesús, que se hace siervo por nosotros. En la medida en que nuestra vida se hace de verdad "eucarística", seremos auténticos servidores.

Así lo indicaba el P. Kolvenbach a miembros y directivos del AO en Roma en junio de 1994:

Hay un estilo de vida, una espiritualidad, que adoptan los cristianos que centran sus vidas en Cristo: se convierten en una prolongación del amor de Cristo al Padre y en desbordamiento de este amor al servicio de los pequeños del mundo (Oración y Servicio, 1995, 1, p. 44).

Concreta esta misma idea en septiembre de 1995 a los miembros del AO reunidos en Valladolid: el misterio de la Eucaristía envuelve toda la vida cristiana, no sólo nuestros actos de piedad y devoción, sino más aún, todas las actividades que tienden a la promoción de la justicia en nombre del Evangelio, y que son exigencia de nuestra participación en la Cena del Señor. Nuestra fe en la Eucaristía sería irrelevante si no se realiza en una caridad que lucha contra las injusticias, intentando transformar las estructuras injustas de la sociedad humana. (...) No podemos separar en nuestra vida lo que Jesús unió: la celebración de la Última Cena y el Lavatorio de los pies (Oración y Servicio, 2007, 1, p. 17).

*Resumiendo lo dicho hasta aquí:* cuando proponemos el AO, proponemos vivir como Jesús, con su estilo, con su Corazón. Proponemos una manera de llevar la vida, desde la oración y el servicio, haciendo nuestra la mirada y la acción del Corazón de Jesús, que es la mirada y la acción de Dios hacia los pobres, los abandonados, los carentes de amor, hacia todos los que lo necesitan.

### *¿Cómo se difunde el AO?*

El AO difunde su espiritualidad básicamente a través de las "hojitas mensuales" con las intenciones del Papa (los "breviarios del pobre", a decir del P. Kolvenbach), y la revista "El Mensajero del Corazón de Jesús". Las páginas web y diversas publicaciones de los Secretariados Nacionales ayudan a los miembros del AO a profundizar en su espiritualidad. Por supuesto, ocupan un lugar importante las reuniones locales y diocesanas, las Eucaristías de los primeros viernes y citas anuales como un Encuentro Nacional o un retiro que se nos ofrezca.

### *1. ¿Quién puede formar parte del AO?*

Todos. Adultos, jóvenes, sanos, enfermos, solteros, casados, separados... todos son acogidos, todos pueden vivir con

provecho esta espiritualidad del Corazón de Jesús. Como indicaba en la introducción, el AO es una herramienta apta para ayudar a la vida espiritual de todos los cristianos.

Nuestra propuesta se puede vivir de forma individual o comunitaria. Ciertamente, vivirla en un grupo establecido del AO que se reúne regularmente, es una buena ayuda. Como esto no es factible para muchas personas, se puede pertenecer al AO sin integrarse en un grupo. Basta con realizar cada mañana el ofrecimiento diario y orar por las intenciones del Papa.

De este modo nos unimos a los millones de cristianos que en todo el mundo viven su fe ayudados por el AO. Por esto insistimos en que no somos propiamente un Movimiento, sino una Asociación de fieles, un servicio eclesial. Este servicio es apto también para quienes participan en Movimientos o en otras asociaciones de fieles que poseen una espiritualidad propia. Tampoco es necesario estar registrado oficialmente en las oficinas del AO, aunque ello es conveniente para recibir los materiales que alimentan esta espiritualidad.

## 2. *¿Cómo se puede pertenecer a él?*

Existen distintos modos o grados de pertenencia al AO. Se puede pertenecer de una manera más general o *informal*, asumiendo y viviendo esta espiritualidad de forma individual, sin vinculación a otros socios ni centros locales.

Un grado mayor de vinculación será el de aquellos que reciben alguna de nuestras publicaciones, están *inscritos como miembros en un centro local* y conectados al Centro Diocesano o Nacional del AO. Un tercer grado de pertenencia será el de quienes *integran grupos* específicos del AO, con sus reuniones y prácticas comunes. El cuarto grado de pertenencia se refiere a los *encargados o promotores* del AO, y a quienes han optado por hacer una especial Consagración al Corazón de Jesús dentro del AO. En paralelo al tercer modo aquí expuesto, pero diseñado especialmente para niños y jóvenes, es el MEJ.

### *El Movimiento Eucarístico Juvenil*

El Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ) es la rama infanto-juvenil del Apostolado de la Oración. Surge como la renovación de la antigua Cruzada Eucarística, y está basado en la misma espiritualidad del AO. Pero a diferencia del AO, para trabajar con los niños y jóvenes el MEJ se constituye en Movimiento como tal, con sus estructuras propias y directrices específicas. Para asegurar sus objetivos atiende el proceso evolutivo de sus componentes.

Lo podemos definir como un movimiento de Iglesia que desea formar a niños y jóvenes en su vida cristiana y los invita a vivir el estilo de Jesús. Con una metodología basada en la formación de comunidades, con una clara conciencia eclesial, en la vivencia de la oración, la Eucaristía, la Palabra de Dios y el discernimiento, los jóvenes son conducidos hacia una vida de servicio, atentos a las necesidades del mundo actual. Está presente en 34 países en los cinco continentes. Está demostrada la utilidad y gran eficacia del MEJ para la formación cristiana de niños y jóvenes.

Algunos textos del MEJ en el mundo:

Somos niños, niñas y jóvenes, llamados por Jesús y reunidos por el AO(...) que queremos decir al mundo que nuestra alegría juvenil brota del encuentro con Dios, de amar desinteresadamente, de mirar nuestra historia con esperanza, del proyecto de Jesús que nos entusiasma y nos mueve a actuar (Del Manual Latinoamericano del MEJ, 2006).

*M Movimiento.* Somos comunidad en acción, orientados al servicio de nuestros hermanos, prolongando el sacrificio de Jesús: "...estoy entre ustedes como el que sirve" (Lc 22,27).

*E Eucarístico.* Celebramos en cada misa y en toda nuestra vida a Jesús Eucarístico que está en el centro de lo que hacemos. Nuestras acciones sólo tienen sentido en Él, mostrando su amor entre aquellos que más lo necesitan.

*J Juvenil.* Jesús renueva nuestras vidas, nuestros corazones, haciéndonos "como niños". Él nos anima con alegría en nuestra tarea. Somos del Señor. Somos Iglesia peregrina, que colabora en la construcción del Reino (del MEJ de Chile, 2007).

#### *Otras prácticas recomendables*

##### *1. Las 12 promesas y los primeros viernes*

En una época difícil de precisar, pero posterior a la muerte de Santa Margarita María en 1690, algunos de sus seguidores entresacaron de sus escritos diversas promesas dichas por Jesús. Se confeccionó una lista que contenía 11 promesas, que circuló en forma restringida por muchos años. Sólo en 1869 fue "descubierta" por el P. Franciosi, S.J. en los escritos de Margarita la que él llamó "la gran promesa", que añadió a la lista como la número 12.

Estas se popularizaron mundialmente después de 1882, cuando un devoto comerciante de Dayton, Ohio, USA, Philip A. Kemper, les cambió la redacción, las abrevió y comenzó a imprimir y regalar cientos de miles de estampas en varios idiomas. Es importante advertir que las promesas no aparecen en esta forma en los escritos de Santa Margarita María, donde además hay muchas otras promesas. Tienen su valor, pero existe el peligro de quedarse sólo con esto, empobreciendo el contenido teológico de la devoción al Corazón de Jesús, reduciéndola a una espiritualidad interesada, en función de lo que quiero recibir.

Fijémonos ahora en esta última, "la gran promesa": Un viernes, durante la santa comunión, Él dijo estas palabras a su

indigna sierva, si es que ella no se equivoca: "Te prometo, en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final, no morirán en mi desgracia, ni sin recibir los sacramentos; Mi Corazón será su asilo seguro en sus últimos momentos (Margarita María de Alacoque, Carta 86, mayo 1688).

Esta recomendación sigue la línea de la catequesis eucarística del mismo Jesús en el Evangelio de Juan: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna" (6,54). Quiere situar el valor de la Eucaristía en la vida del cristiano, tanto para su vida terrenal como para su vida eterna. La elección de un día concreto responde a una pedagogía pastoral que recuerda mensualmente el Viernes Santo, día en que Jesús muere por nuestra salvación.

Para entender mejor el alcance de la propuesta de los Primeros Viernes, debemos situarnos en el ambiente teológico y eclesial de la época. Predominaba con fuerza el jansenismo, doctrina rígida y puritana, que exigía una conducta sin tacha para acceder a la salvación. Jesús habría muerto sólo para los pocos elegidos, las grandes masas permanecían reprobadas. Dios era un juez que se debía temer más que amar, y la gente común, convencida de su pecaminosidad, vivía con el constante temor de la condenación. Los fieles *normales* no podían acercarse a comulgar sino en contadas ocasiones, y sólo tras cumplir una exigente lista de condiciones. El Jansenismo fue condenado por la Iglesia en 1653, veinte años antes de las apariciones a Santa Margarita María, pero su influjo perduró (de hecho, fue necesaria una nueva condena en 1715). Tal vez esto explica el hecho que esta "gran promesa" fuera extrañamente silenciada por tantos años.

Las palabras de Jesús a Margarita María resultaban en ese momento especialmente novedosas por dos razones. En primer lugar, abría un camino de salvación para todos, recordando que el

Señor quiere que todos se salven (1Tm 2,3). Jesús subraya a Margarita María el "exceso de la misericordia de su Corazón", que en realidad desea abrir a todos las puertas del cielo. La invitación a los Primeros Viernes era una forma de decir que no debíamos tener miedo de la perdición, pues el sencillo gesto de comulgar nueve meses seguidos resulta un símbolo del regalo de la salvación y de la confianza debida en su Corazón. El énfasis no se ponía en un Dios matemático, que anota puntos, exige resultados, castiga a quienes no los cumplen; sino lo contrario: la sencillez y accesibilidad de la salvación. Esta propuesta representaba una superación de la severidad jansenista, un alivio para los angustiados y temerosos cristianos. A través de un camino simple encontraban un Dios con su Corazón abierto, muy dispuesto a dar la vida eterna a todos. La vivencia de estos viernes de comunión era y sigue siendo un símbolo que nos recuerda el amor sin límites que tiene abiertas a sus hijos las puertas de su Corazón y de la vida eterna.

El segundo motivo de novedad proviene del hecho que era una invitación a comulgar con mucha más frecuencia de lo que se acostumbraba en la época. Una vez al mes era bastante más de lo habitual. Jesús, en "el exceso de su misericordia", quería que sus fieles estuvieran más cerca del banquete eucarístico. Hoy debemos entender la devoción de los Primeros Viernes como un símbolo del deseo de su Corazón de alimentar nuestras vidas de la Eucaristía (hoy, ciertamente, ¡más que una vez al mes!) Y además nos invita a que una vez al mes, al menos, concentremos la mirada de forma especial en el amor de su Corazón por nosotros.

En diversas ocasiones el Papa Juan Pablo II nos animó a reforzar y a la vez renovar nuestra práctica de los primeros viernes de mes. Cito sus palabras a los Secretarios del AO de todo el mundo reunidos en Roma, en 1985: "Sigán recomendando con tesón creciente y renovado, y extendiendo la práctica piadosa de los "Primeros Viernes" pues en ella el fiel reconciliado con Dios, con la Iglesia y con los hermanos mediante el Sacramento de la

Penitencia, se une al Corazón de Jesús alimentándose con el Sacramento de la Eucaristía y participa de su actitud de ofrecimiento y reparación".

En conclusión, hoy debemos apreciar la práctica de los Primeros Viernes básicamente por su valor simbólico, no jurídico. Es símbolo del deseo universal de salvación del Padre, y de la invitación de Jesús a centrar nuestra vida en la Eucaristía. Traicionaríamos su espíritu si lo entendemos como una especie de mecánica jurídica que nos garantiza la vida eterna. La salvación siempre viene por gracia, no se puede "comprar" de esta manera. Una persona que se aproxima a Jesús durante estos nueve meses, experimentará en su interior un acercamiento al Señor que la sitúa en el camino de la salvación.

## *2. La consagración, personal, familiar, comunitaria*

El Apostolado de la Oración invita a consagrarse al Corazón de Jesús, a hacer de la vida una ofrenda al Padre, a unirse de una forma más estrecha a la entrega de amor del Hijo. Algunos prefieren hablar de consagrarse al Padre, *a través* del Corazón de Jesús. Se trata de un ofrecimiento personal, familiar o comunitario, por el cual libremente elegimos vincularnos más estrechamente al Corazón de Cristo, y así participar de su vida y su amor por nosotros de un modo más cercano. En lo fundamental no es sino la renovación de nuestra consagración bautismal al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

*¿Por qué consagrarse, si ya estamos consagrados por el bautismo?*

Porque es un símbolo más que nos ayuda a vivir nuestra fe y adhesión a Jesús. En un mundo que no valora los compromisos definitivos, en una sociedad egoísta y narcisista, optamos por una alianza personal o comunitaria con el Corazón de Jesús. Nos ayuda a centrar nuestro propio corazón, nos abre de nuevo la fuente de su

Corazón, y es un testimonio útil a otros ver que hay cristianos que, en medio del mundo, consagran sus vidas a Dios. Si la entendemos bien, la consagración que propone el AO es un valioso instrumento para marcar una relación de mayor amor al Señor, hecha gesto público, para cristianos que se quieren tomar más en serio su vida de fe.

Lo que el Papa Pío XII dijo hace tiempo, mantiene hoy su validez: Nos parece que Jesús desciende entre vosotros y dice a los que todavía dudan: "Entregadme vuestro corazón", todo vuestro corazón, para siempre. Tengo necesidad de gente que aspire a la entrega total de sí, aun permaneciendo en medio del alboroto del mundo. Necesito jóvenes heroicos, niños inocentes, esposos fieles, jóvenes puros...

Al hacer la consagración nos comprometemos a:

- Renovar nuestro compromiso bautismal de ser santos, de ser siempre fieles a Jesucristo y a su Evangelio: "Reproducid en vuestro corazón la santidad del Corazón de Jesús" (Juan Pablo II, 1979).

- Ofrecer cada día nuestra vida en unión y comunión con los sentimientos del Corazón de Cristo. "Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús..." (Flp 2,5).

- Vivir en actitud eucarística, como vivió Jesús: en actitud de servicio a los demás. Para esto requerimos de la participación frecuente en la misa, ojalá más de una vez a la semana.

- Ser un apóstol de la espiritualidad del Corazón de Jesús.

*¿Cómo se hace la consagración al Corazón de Jesús?*

Es precisa una preparación previa, con tiempo: Mientras la persona no esté dispuesta a dar todo, conviene orar con insistencia, "pidiendo lo que deseo", en esa actitud humilde de que habla San Agustín: "Dame, Señor, lo que me pides y pídemelo lo que quieras". La preparación puede consistir en un Curso o Retiro de

Consagración, en ir a misa durante nueve primeros viernes de mes con la intención de unir mi corazón al de Jesús, en lecturas adecuadas, en la confesión sacramental, etc.

Preparada la persona, en una fecha significativa y en el marco de la Eucaristía, se efectúa la consagración mediante una fórmula establecida (los manuales del AO ofrecen diversos modelos) o escrita por la persona o grupo que la realiza. Durante la Eucaristía se suele pronunciar la fórmula antes del ofertorio o de recibir la comunión.

Cito unas palabras de San Alberto Hurtado (jesuita chileno muerto en 1952 y canonizado hace dos años por Benedicto XVI), dichas a los miembros del AO:

#### *Palabras de San Alberto Hurtado*

Que no sea esta consagración, hermanos, una fórmula más que venga a agregarse a otras; que no sea un rezo que venga a incrementar las prácticas de piedad. No, por favor, que no sea ése su sentido íntimo (...) La consagración es la entrega de nuestra vida entera, de nuestro querer, ser y poseer a Cristo. Vuestra consagración significará para vosotros un interesarse por todo lo que Cristo se interesó, amar lo que Cristo amó, odiar lo que Cristo odió... y se traduce en esta sublime fórmula: *en vivir yo ahora, como viviría Cristo si estuviese en mi lugar.*

La verdadera devoción no consiste solamente en buscar a Dios en el cielo o a Cristo en la Eucaristía, sino también en verle y servirle en la persona de cada uno de nuestros hermanos.

#### *3. La reparación*

Este tema merece un estudio más acabado y una profundización teológica de su significado preciso. Me limito a esbozar algunas ideas y recoger algunos textos autorizados, que

ayuden a clarificar algunos aspectos.

La reparación es básicamente la participación del cristiano en el amor redentor de Jesucristo y en su suerte en el mundo, a partir del deseo de asemejarse a él. Es participar de la suerte del Señor, que *hecho pecado*, elimina el pecado del mundo.

La reparación por los pecados propios y los de los demás consiste primariamente en hacerse partícipe con fe, obediencia y amor en la suerte del Señor, aceptando la manifestación del pecado en el mundo: esclavitud, oscuridad, persecución, lejanía de Dios, muerte (Teología del Cuore di Cristo, Karl Rahner, Edizioni AdP, Italia, 1995, p. 78).

Cristo es el que propiamente repara, de cara al Padre, ofreciendo su vida por nuestros pecados. Está a nuestro lado como mediador, y por eso nosotros podemos participar de tal reparación, pero sólo *en él y con él*.

Para el Papa Juan Pablo II, la reparación está unida al tema de la santidad, y la describe como "cooperación apostólica a la salvación del mundo" (ver *Oración y Servicio* 1999, 4, p. 313). La reparación comienza por mi propio corazón, con la conversión personal. Con una vida de santidad cooperamos a la redención.

Karl Rahner dice que hacemos reparación a través de la propia vida y también la propia muerte, en un amor sacrificial como el de Jesús, capaz de renunciar a sí mismo: "En la oración de reparación le decimos que queremos, mediante nuestra vida y nuestra muerte, participar realmente con su gracia en el sacrificio que él ha ofrecido a su Divino Padre como nuestro eterno y sumo sacerdote, en el amor sacrificial de su Corazón obediente hasta la muerte" (op. cit., p. 80).

Es decir, la reparación está en la misma línea de nuestro Ofrecimiento diario, por el cual ofrecemos nuestras vidas para

"ayudar" al Señor en su obra de la redención. Unimos nuestros sufrimientos y toda nuestra vida a sus sufrimientos reparadores por el pecado del mundo.

Debemos tener cuidado al formular la idea de consolar al Señor en su agonía en el huerto y aliviar su pasión, de participar de su dolor por el pecado y la ingratitud del mundo que rechaza su amor. Puede ser muy mal entendida y prestarse a confusión. Con nuestra oración no pretendemos hacernos presentes al momento de la pasión de Jesús, para aliviarlo, pues ese momento ya pasó. En la oración nos dirigimos siempre al Cristo Glorioso, que ya vivió su pasión. Podemos y debemos contemplar en nuestra oración la pasión del Señor, pero esto no constituye una consolación activa de Cristo que "está sufriendo su pasión", como si elimináramos el tiempo transcurrido desde esa época hasta hoy. Resulta teológicamente complejo, y contrario a la lógica común, sostener que nuestra oración presente pueda aliviar el dolor que él pasó hace dos mil años, como si tuviera una eficacia retroactiva.

Otra cosa es considerar que a Jesús le gusta que lo quieran, como es propio de todas las personas que aman, y que nos pide nuestro amor. Jesús resucitado sigue siendo verdadero hombre, con un corazón humano al que le duele el rechazo. Nuestra oración puede ser una respuesta a lo que se puede interpretar como su "reclamo de amor no correspondido", sin dramatizarlo. Es la idea que reconocemos en las palabras de Jesús dichas a Santa Margarita María, sobre su Corazón que tanto ha amado a los hombres, y que no recibe sino ingratitudes y desprecios. Podemos ver este deseo de su Corazón en Jn 21,15-19, cuando a orillas del lago pregunta: "¿Simón Pedro, me amas?". También en la humilde súplica a sus Apóstoles antes de morir: "Permaneced en mi amor" (Jn 15,9). Tal vez la escena de Jesús llorando sobre Jerusalén, que no supo acoger su amor, en Lc 13,34-35, nos revela también esta dimensión tan humana de su Corazón. Entendida así, una oración de reparación es la respuesta a su invitación a que lo amemos, y le gusta que se la digamos.

El contenido propio de nuestras "horas santas de reparación" será también la contemplación de los dolores y de la pasión del Señor, su entrega hasta la muerte. Lo hacemos no para "darle consolación porque está sufriendo", sino con el fin de identificar nuestra propia vida con la suya, desde nuestros propios sufrimientos. Le pediremos el don de sentir con su Corazón, sufrir con las tristezas que hoy siente por los sufrientes de hoy, y por eso nos ejercitarnos en actos de reparación con Cristo y en Cristo. Le pediremos el don de sentir con su Corazón, que moldee nuestro propio corazón y lo haga capaz de amar como él nos amó.

La reparación es entonces otra expresión, además del Ofrecimiento cotidiano, del deseo de ofrecer nuestras vidas al Señor para colaborar, con él y en él, en la redención. Si es así, ¿qué tipo de acciones o qué tipo de colaboración es la que nos pide el auténtico espíritu reparador propio de nuestra espiritualidad?

Cristo como Cabeza de la Iglesia ha vivido durante la vida terrena la tristeza y la consolación, las que continúan en lo que le ha sucedido o le sucederá en todos los miembros de su cuerpo a través de la historia. Debemos preguntarnos dónde está Jesús sufriendo hoy, y cuáles sus tristezas que podemos aliviar. No es difícil descubrir que su Corazón sufre hoy en el dolor de sus hermanos y hermanas pobres, enfermos y marginados de este mundo. En ellos él continúa su pasión. Nuestra espiritualidad nos lleva a servirlo y consolarlo a través de obras de solidaridad y de justicia.

Es lo que dijo nuestro Director General en 1995, también en Valladolid: "En este tiempo de odio y violencia, de injusticia y de discriminación, la reparación debida al Señor no es auténtica si no integra el sentido del pobre, la promoción de la justicia, el amor hacia el más pequeño, el respeto a la vida" (*Misión Agradable*). La pasión del Corazón de Cristo por los más débiles y marginados es central al cristianismo. Para seguir verdaderamente a Jesús, para

ser en verdad cristiano, hay que estar unido a Cristo en su servicio a los más pequeños, como gesto concreto de su amor al Padre. Debemos formar comunidades de solidaridad con los pobres precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene (*Oración y Servicio*, 2007, 1. p. 16).

Parafraseando al profeta Isaías, podemos entender cuál es la reparación que agrada al Señor:

¿Es ése el ayuno [la reparación] que el Señor desea, el día en el que el hombre se mortifica?

Mover la cabeza como un junco,

acostarse sobre estera y ceniza,

¿a eso lo llaman ayuno, día agradable al Señor?

El ayuno que yo quiero es éste:

abrir las prisiones injustas,

hacer saltar los cerrojos de los cepos,

dejar libre a los oprimidos,

romper todos los cepos;

partir tu pan con el hambriento,

hospedar a los pobres sin techo,

vestir al que ves desnudo

y no cerrarte ante las necesidades de tus semejantes.

(*Isaías 58,5-6*)

La hora santa de reparación nos debe mover a "acciones de reparación", acciones de ayuda a los demás, que es lo que en realidad interesa y agrada a Jesús.

En esta misma línea van las conocidas palabras Juan Pablo II, citadas también por Benedicto XVI, con las que concluyo este tema: de este modo – y esta es la verdadera reparación exigida por el Corazón del Salvador – sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia podrá edificarse la civilización del Corazón de Cristo (Benedicto XVI citando a Juan Pablo II, en carta al P. Kolvenbach del 15 de mayo de 2006).

### *Conclusión*

Podemos comprobar que la puesta en práctica de nuestra espiritualidad del Apostolado de la Oración está al alcance del cristiano de hoy. A partir de su realidad concreta, lo desafía a vivir un camino de unión a Cristo, a la vez sencillo y profundo, que lo lleva a una vida de oración y servicio.

En una época de desorientación y de búsqueda de sentido, la propuesta del AO ordena la vida, le da una dirección y una meta. Los que tienen poco tiempo podrán dar coherencia a sus vidas demasiado agitadas. Los que están enfermos y tienen demasiado tiempo, descubrirán que su dolor puede ser ofrecido a Dios. Los jóvenes se sentirán capaces de orientar sus vidas cultivando la amistad con Cristo, quien les invita a entregarle su corazón.

En una época de frialdad y falta de acogida, encontramos en el AO la espiritualidad de la ternura de Dios con nosotros, un camino hacia el Corazón abierto del Salvador, que nos enseña a entregar su cariño a los hermanos. En medio de tanta soledad, el AO nos une a millones de otros en comunidad eclesial, compartiendo la misión de Cristo.

El Apostolado de la Oración es el mismo Jesús. Jesús admirado, Jesús acogido, Jesús seguido, Jesús amado. Jesús de Corazón abierto. En estas sencillas prácticas encontramos un camino para entrar en su intimidad, para ser transformado por El, para el servicio de nuestros semejantes.

Podemos afirmar con fundamento que el Apostolado de la Oración es verdaderamente "un camino de santidad para el cristiano del Tercer Milenio".

**EL APOSTOLADO DE LA ORACION:  
UNA OBRA DE LA IGLESIA Y PARA LA IGLESIA**

*Darío Pedroso, S.J.*

*¿Cómo nació este servicio?*

Es muy importante, cada cierto tiempo, ir a las fuentes, a los orígenes, para ver de donde nace el caudal. Ir al origen de este servicio a la Iglesia y a la Humanidad, pues, verdaderamente, el AO es un servicio universal, en el que millones de cristianos ofrecen su día, en unión con Cristo Redentor, hechos "hostias vivas", sumergiendo sus vidas en la Eucaristía, y rezan en conjunto, unidos al Papa, por las dos grandes intenciones que el mismo Papa escogió para cada mes. Un servicio espiritual, sobrenatural, un servicio de comunión eclesial, un servicio de amor en oración, en que una "Familia de Orantes" reza por todos y se coloca en el corazón de la Iglesia, para el servicio de la misma Iglesia y de la Humanidad entera. Es importante, en el AO, esta comunión de orantes, este sentirse en unión de oración por el mundo, por las grandes necesidades e intenciones. Este servicio nos lleva a estar siempre centrados en el corazón de la Iglesia, con el Papa, en oración. Y lleva también, no podía ser de otro modo, a motivar para la oración, a ser escuela y pedagogía de oración, a hacer que los Centros del AO sean motores de oración, dinamizadores de este gran servicio eclesial.

Los grandes ríos suelen tener un nacimiento pequeño que va creciendo y volviéndose un torrente enorme. Así sucedió en el AO. De hecho, no podía haber nacimiento más humilde y más simple. Veamos. En el día de San Francisco Javier, el 3 de diciembre de 1844, en Vals, ciudad de Francia, el Padre Gautrelet, Director Espiritual de los estudiantes jesuitas, movido sin duda por el Espíritu Santo, dio una conferencia en la que les colocó este desafío: "Hoy, muchos de ustedes desearían ser misioneros como

San Francisco Javier, pero no pueden, porque están sumergidos en los estudios y en los libros, no pueden ir a China, a Africa... pero pueden ser misioneros, apóstoles a través de sus oraciones". Sus oraciones, su trabajo de estudiantes, sus penitencias podían transformarlos en verdaderos misioneros, podían y debían ser una ayuda concreta y eficaz para aquellos que trabajaban en la viña del Señor. La oración, el trabajo, la vida ofrecida podían convertirse en un gran y precioso apostolado. Unidos por la oración, en este servicio de comunión y de solidaridad eclesial, se transformaban en verdaderos apóstoles. Nada parecía tan simple, tan modesto, tan asequible a todos. Los jóvenes quedaron entusiasmados con la idea y se lanzaron, ayudados por su Padre Espiritual, en esta campaña, en este servicio, en esta oblación. La gran y extraordinaria Obra, este gran servicio a la Iglesia que es el AO comenzó así: cual pequeño riachuelo que sería, muy pronto, un gran río, con muchos miles de Asociados. Hoy, muchos millones en todo el mundo. Así nacen, a veces, las grandes obras de Dios, con pequeñez y humildad, con simplicidad, así es el camino de la pequeña semilla dejada en tierra, que llegará a ser un árbol grande y frondoso. Y el árbol está aquí, frondoso, propagando sus raíces por el mundo entero, dando frutos de santidad y de vida.

Entretanto, era necesario dar bases teológicas y consistencia a esta Obra. Otro jesuita, el Padre Enrique Ramière, también francés y teólogo del Concilio Vaticano I, fundador de la revista "El Mensajero del Corazón de Jesús", fue, con su predicación y sus escritos, la persona clave en la consolidación del AO que se fue propagando y fortaleciendo. Nacen en Francia, y después en otros países, muchos Centros del AO. Los misioneros llevan este servicio eclesial a muchos países llamados de misión. El árbol crece de un modo maravilloso. Cuando el Padre Ramière muere, en 1883, apenas 39 años después de la célebre conferencia del Padre Gautrelet, el AO contaba ya en el mundo con cerca de 35.600 Centros, con más de 13 millones de miembros. ¡Que acción extraordinaria la del Espíritu Santo, que hace nacer y crecer de este

modo el AO! La revista "El Mensajero del Corazón de Jesús" también crecía y se publicaba cada vez en más idiomas y países. El torrente del río se volvía muy grande.

*¿Cuáles son los pilares de esta obra?*

El AO es, en su estructura, una obra, un servicio simple y factible para todos, pero tiene, por la gracia de Dios, una riquísima espiritualidad. Asentada en algunos pilares importantes e imprescindibles en la vida cristiana, en la vida eclesial. Nace de la riqueza de la vocación bautismal, se inserta en el dinamismo de nuestro bautismo, que nos coloca en comunión con la Trinidad y nos hace ser "Cristos" vivos, con El, por El y en El. Tal vez por su riqueza espiritual, por el contenido de su doctrina el AO vive, y se ha mantenido tantos años y es una Obra de futuro, pues son esenciales para la Iglesia y la Humanidad las vidas ofrecidas con Jesús y la oración, constante y apostólica, nacida del Corazón de Cristo, modelo de vida y de santidad, su fuerza y su dinamismo.

Necesitamos conocer bien su espiritualidad, la vida que desea comunicar a todos sus miembros, y a todos los cristianos, incluso aquellos que no están inscritos y no son, propiamente, Asociados del AO. Es una obra universal, como es universal la oración y la Iglesia. No podemos confundir el AO y su riqueza solamente con la devoción al Corazón de Jesús. Necesitamos entender la esencia, la riqueza interior de la vida del AO, para revitalizar nuestros Centros, nuestras parroquias, a través de muchos medios, en todo el mundo. Entender la espiritualidad y llevarla al corazón y a la vida de todos los fieles, pues el AO es para todos. De aquí nacerá una renovación parroquial y diocesana extraordinaria. Cuando los pastores y los fieles se den cuenta de la vida y riqueza del AO, los Centros van a renovarse, la vida va a brotar, las flores van a abrirse. Vamos a tener una nueva primavera, a modo de un nuevo Pentecostés. Tenemos que esforzarnos todos, más y mejor. Vamos a examinar los pilares de

esta Obra, doctrina y vida que deben ser tratadas en las reuniones y en las revistas del AO, para la formación y riqueza de todos sus miembros. Esforcémonos todos en estudiarlos, asimilarlos, vivirlos y hacerlos vivir. Y al final, es todo tan simple y tan enriquecedor, patrimonio de todos los fieles.

*El primer pilar fundamental es su dimensión eucarística, es ayudar a todos para hacer de la vida una oblación con Cristo en el sacramento del altar. Vida ofrecida, haciendo de la Eucaristía el centro y la fuente, centro hacia el cual todo debe converger y ser ofrecido, y fuente de la cual todo viene. Ayudar a los cristianos a ofrecerse con Jesús en la Eucaristía, es ayudarlos a vivir lo más esencial de su bautismo, de su dimensión cristiana, es ayudarlos a ser "hostias vivas", como nos exhorta San Pablo (Rm 12,1). La vida ofrecida en el altar con Jesús queda "divinizada" y es una fuerza única para ayudar a la salvación, para que todos tengan vida y la tengan en abundancia.*

Vidas hechas Eucaristía, porque unidas a Jesús en el altar, con la bella y ricamente teológica "Oración de Ofrecimiento" de las obras del día. Como afirma el Director General del AO, "de este acto, al mismo tiempo simple y profundo, surge una nueva forma de vivir. No se puede ofrecer, día tras día, todo lo que hacemos, en unión con Jesucristo, para la salvación del mundo, manteniendo al mismo tiempo actitudes y pensamientos poco positivos" (Peter-Hans Kolvenbach, S.J. – Apostolado de la Oración, Un camino de santidad para los cristianos del tercer milenio, n° 2).

Todo - oración, trabajo, sufrimiento, alegrías, vida entera – puesto en el sacrificio de Jesús para ser asumido por El y ofrecido al Padre. La vida, así, es una Eucaristía continua, es una ofrenda permanente, es un don para que todo, por nosotros vaya al Padre y de El vengan las gracias y bendiciones que nosotros y el mundo necesitamos. Es necesario intuir, cada vez más, la riqueza de la vida ofrecida con Cristo, descubrir mejor la grandeza de sabernos

"hostias vivas" como El, el bien y el dinamismo espiritual que de ahí brotan para bien de la propia Iglesia y de la Humanidad.

Como bautizados, es bueno no olvidarlo, somos sacerdotes con Cristo, por el don del sacerdocio común de los fieles, como nos enseñó el Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática "Lumen gentium". El AO, poniendo delante de nosotros y en nuestros corazones este deseo de ofrecimiento con El, nos ayuda, de una manera maravillosa, a vivir nuestro sacerdocio. Sacerdotes y víctimas, mediante la vida ofrecida, con Cristo, por Cristo y con Cristo. Una vida que se torna eucarística, con un valor inestimable, para bien de toda la Iglesia y de la Humanidad. Hostias vivas ofrecidas con amor, para que la gracia de la salvación llegue al corazón y a la vida de todos los hombres y mujeres. Todo inmerso en Jesús, como la gota de agua que vertimos en el vino, en el ofertorio de la Misa, para que todo se convierta en sangre redentora, para que el mundo tenga vida y la tenga en abundancia (cf. Jn 10,10). Inserto en Jesús, nuestro ofrecimiento, por causa del valor salvífico de su redención amorosa, tendrá un valor inconmensurable, colaboramos de un modo misterioso, pero real, en la redención del mundo. Por el ofrecimiento con Cristo, en la Eucaristía, nada se pierde, todo es salvífico, con El y en El.

*El segundo pilar esencial del servicio eclesial que es el Apostolado de la Oración es la propia oración. "Desde su inicio, el AO invitó a los fieles a unirse en una oración de intercesión por los problemas concretos que preocupan a la Iglesia universal, particularmente los que se refieren a las Misiones. De este modo, suscitó una profunda comunión de oración entre centenares de millones de creyentes. En el futuro, no se puede esperar otra cosa" (Idem. n° 4).*

Rezar, sobretodo por otros, en una oración de intercesión, de meditación, de reparación y de alabanza, es ya un apostolado. Es precisamente una "oración apostólica". ¿No es la oración el alma de todo el apostolado?, ¿habrá apostolado fecundo sin oración

intensa y perseverante?, ¿habrá vida de gracia, conversión, fe, vocaciones, caridad apostólica sin oración? Al enseñar a orar, al poner a las familias y las parroquias en oración más asidua, el AO presta un servicio inmenso a la comunidad parroquial, diocesana, eclesial. De ahí la importancia que tiene el AO vivo y actuante en una familia, en una parroquia, pues es el motor de la oración, es escuela continua de oración, es alabanza que ayuda a orar. Y el resto viene por añadidura. Hacer de los cristianos hombres y mujeres más orantes, hacer de las familias "iglesias domésticas" orantes, ayudar a los jóvenes a que descubran caminos nuevos de oración, hacer de las parroquias comunidades orantes y escuelas de oración es un don inestimable e insustituible.

Todos necesitamos aprender a alabar con un corazón más sencillo y humilde, aprender a rezar con la Biblia y hacer oración de meditación o *lectio divina*, necesitamos aprender el valor de la oración de reparación e intensificarla en nuestras vidas, necesitamos aprender a hacer un examen de conciencia serio, una revisión orante del día, para asegurar más nuestro progreso espiritual, necesitamos intensificar el gusto por la oración del rosario, oración cristológica, para, junto con María, encaminarnos al encuentro de la Trinidad, necesitamos aprender a estar en adoración delante de Jesús Eucaristía, necesitamos aprender el arte del silencio interior para abrirnos a Dios y a sus exigencias, necesitamos tomar más el gusto por la oración de los Salmos y por la Liturgia de las Horas, etc. Jesús, como nos dice más de una vez el Papa Benedicto XVI, tiene sed de nosotros, de nuestro amor, de nuestra amistad, presencia y oración. Hombres y mujeres, orantes, para ayudar a transformar el mundo.

Y todo esto mirando a Jesús, Maestro de oración, Hombre de oración, Hijo en continua comunión con el Padre. Orante en su vida oculta de Nazareth, en su vida familiar, en las idas a la Sinagoga, en la contemplación de la naturaleza, en la meditación de los misterios insondables del amor del Padre. Orante en el desierto,

en sus cuarenta días de oración y penitencia, al comenzar su vida pública, para en diálogo sereno e íntimo con el Padre descubrir sus deseos y obtener la fuerza para realizar su voluntad. Orante durante la vida pública, sea cuando se recoge en el monte a solas en oración, sea cuando reza con las multitudes antes de los milagros, sea cuando reza antes de su Transfiguración en el Tabor, sea cuando enseña a los discípulos a rezar el Padre Nuestro, etc. Orante en la Cena, pues el Cenáculo fue el momento de la oración profunda, con la cena pascual, la institución de la Eucaristía y del Sacerdicio, la oración sacerdotal, etc. Orante en el Huerto, en la Agonía y en toda la Pasión, para terminar su vida rezando en la Cruz. Jesús Orante es nuestro modelo. En El el AO va a buscar ejemplos y fuerza, don y gracia.

Pero Jesús continúa hoy orante, en el Cielo, como Mediador y Pontífice Supremo, junto al Padre para interceder por nosotros. Continúa orante en la Eucaristía, en la acción de gracias continua, en los millares de misas celebradas cada día. Orante en cada sagrario, en el silencio pobre y humilde de un Dios oculto, pero siempre intercediendo por nosotros. Orante en la comunidad de los creyentes, pues cuando nos reunimos a rezar El está con nosotros y reza, como cabeza del Cuerpo Místico. Orante en lo íntimo de cada uno de nosotros, en el secreto de nuestro ser y de nuestro corazón. Con Jesús Vivo y Orante los miembros del AO quieren estar unidos, para que su vida sea cada día más fecunda, más universal, más colaboradora con la redención.

*El tercer pilar importante de la vida del Apostolado de la Oración es estar centrado en la Iglesia.* Los miembros del AO están en el corazón de la Iglesia, viven su vocación eclesial prestando un servicio precioso, que es rezar cada día por las intenciones del Papa. Tienen conciencia que la Iglesia es Familia, es Comunión de muchos miembros, pero un solo Cuerpo, es Templo vivo del Señor. Rezando en su condición de bautizados, sienten cada vez más la alegría de ser Iglesia, de amar a la Iglesia,

de estar en el corazón de la Iglesia. Por eso, millones de personas en el mundo se unen en oración por las intenciones que el Santo Padre escoge para cada mes. Esta unión de millones de personas, en el corazón de la Iglesia, unidas al Papa, es un potencial inmenso. La oración es, verdaderamente, "la fuerza que vence a Dios".

Unidos en oración, en comunión de hermanos, somos fuerza viva para la Iglesia y para el mundo, ayudamos a vitalizar el Cuerpo Místico, ayudamos a la Iglesia a realizar más y mejor su vocación. Infelizmente, en esta sociedad de consumo, tan egoísta y calculadora, esta oración y esta fuerza no se aprecian como debe ser. Pero quien tiene fe, quien vive en comunión con la Iglesia, quien sabe el valor insondable de la unidad de la oración, aprecia y se alegra por pertenecer al AO, por estar unido a millones de personas, rezando con el Papa y por sus intenciones. Y el Papa Benedicto XVI al inicio de cada mes, exhorta a todos a que recen con él, por las intenciones de ese mes. Es la gran solidaridad en la oración que hace del AO una "Familia de Orantes" en el que todos rezan por todos, en el que cada uno toma en serio el valor de la oración en comunión con el Papa.

Qué inmensa riqueza se vive y se desarrolla en este servicio orante. Ayudar a los fieles a entrar en esta centralidad es una misión prodigiosa y fecunda del AO. Ayudar a los bautizados a tener conciencia de su pertenencia a la Iglesia es un Apostolado maravilloso. Ser instrumento para que muchos más se unan a nosotros, en el corazón de la Iglesia, rezando por el Papa y con el Papa, es construir la obra del Reino. Esta es también la vocación extraordinaria del AO. Nació en la Iglesia, para bien de la Iglesia. Queremos continuar desarrollando ésta nuestra vocación eclesial, con la certeza de su fecundidad. Sólo en comunión con la Iglesia, la Esposa de Jesús, a la cual pertenecemos por nuestro bautismo, podemos con verdad y radicalidad vivir nuestra vocación cristiana. El AO quiere ayudarnos a descubrir mejor esta centralidad, el valor

de nuestra comunión eclesial, el sentido de nuestra oración en la Iglesia.

*El cuarto pilar, que el Apostolado de la Oración vive con empeño, por estar en el centro de su espiritualidad, es la devoción y el culto al Corazón de Jesús.* Sabemos que este culto tiene raíces bíblicas y que atraviesa toda la historia de la Iglesia. Comenzó con el Apóstol San Juan, quien estaba al pie de la cruz y vio la lanza que atravesó el costado de Nuestro Señor, del cual salió sangre y agua. Después de eso, muchos Santos Padres se inclinaron hacia este Corazón abierto y nos enseñaron maravillas acerca del Corazón de Cristo. En la larga historia de la Iglesia, desde San Juan hasta nuestros días, muchos y muchas, incluso entre los santos y los místicos, fijaron su mirada en el Corazón traspasado. El propio Papa Benedicto XVI ha hablado mucho del Corazón traspasado y nos dice que su primera encíclica, *Deus Caritas Est*, nació del Corazón traspasado de Cristo en la Cruz (cf. N° 12). De este Corazón nace la Iglesia, Esposa Santa, y con ella los siete sacramentos, sobretudo el sacramento de la Eucaristía, lo que llevó al Papa Paulo VI a afirmar que "la Eucaristía es el mayor don del Corazón de Jesús" (cf. Carta apostólica *Investigabiles divitias Christi*). En la Eucaristía tenemos todo su Corazón y todo su amor.

Por esto, el culto al Corazón de Jesús es de una actualidad maravillosa pues el lenguaje del corazón es perceptible por todas las personas y cautiva de un modo particular a los jóvenes. Hablar del Corazón de Jesús es hablar de su interior, de su amor. Nuevamente encontramos lo esencial: el corazón de nuestro Redentor, aquel Corazón que fue traspasado por la lanza del soldado. Estamos en la fuente de todo, pues es de su Corazón de Dios y de Hombre que nos vienen todas las gracias. El AO tiene que vencer muchas barreras y actualizar términos, imágenes, etc., pero no puede perder nunca de vista, en la oración y en la vida, el misterio insondable del Corazón de Jesús. De ahí la urgente necesidad de evangelizar sobre el Corazón de Cristo, de hablar de

El, de alabarlo, amarlo, repararlo, desagraviarlo, de hablar de la consagración al Corazón de Jesús, de la entronización del Corazón de Jesús en los hogares cristianos, para que las familias, "iglesias domésticas", contemplen más y más al Corazón del Redentor y vayan a El buscando la paz, la unidad, la armonía, la gracia, el perdón, la fidelidad. El Divino Corazón es la fuente de todos los dones, de todas las gracias, pues es el Corazón de Dios, donde encontramos, como nos enseñó Pío XII, todo el amor humano y todo el amor divino (cf. Carta encíclica *Haurietis aquas*, n° 27).

En un mundo de odio, de guerras, de terrorismo, de aborto, de eutanasia, de una cultura de la muerte, de injusticias, de fraudes, de violencia, de mentira, de desprecio por los derechos humanos, de violencia doméstica, de explotación de los menores, de depravación moral, etc., necesitamos descubrir de un modo siempre nuevo el misterio del amor, simbolizado en el Corazón de Cristo y, con El, como nos exhortaba Juan Pablo II, construir la civilización del amor, que nace del Corazón del Redentor (cf. Audiencia General, 8 de Junio de 1994). Llevar a las personas a descubrir la misericordia del Divino Corazón y entregarse a ella, confiando siempre más y más en el misterio del amor del Padre.

Estos cuatro pilares, estos cuatro fundamentos de la espiritualidad del AO son de ayer, son de hoy, serán de mañana. Saborear cada uno de ellos en la oración y en la reflexión, personal y comunitaria, es abrir ante nosotros un futuro promisorio donde el AO será cada vez más vivo y pujante. Si creemos en él y en su valor, en su historia y en su espiritualidad, si aceptamos con humildad lo que dijeron los sucesivos Papas, abramos el corazón, con simplicidad y humildad al don del Espíritu, quien nos hará descubrir las riquezas del AO y nos ayudará a encantarnos con él y vivir con entusiasmo la gracia que Dios concedió a su Iglesia y a la Humanidad, haciendo nacer esta Obra. Y desearemos continuarla con el don de nuestras vidas y el empeño apostólico de nuestra vocación cristiana.



